

La creación

+ *¿Por qué, cómo y cuándo creó Dios el universo?*

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

¿Cómo creó Dios al mundo? ¿Creó él directamente toda clase de planta y animal, o usó algún tipo de proceso evolutivo, y guió el desarrollo de las cosas vivas desde la más simple hasta la más compleja? ¿Con qué rapidez realizó Dios la creación? ¿Quedó completa en seis días de veinticuatro horas, o usó miles o tal vez millones de años? ¿Qué edad tiene la tierra y qué edad tiene la raza humana?

Estas preguntas nos confrontan cuando tratamos la doctrina de la creación. A diferencia de la mayor parte del material previo de este libro, este capítulo trata de varias cuestiones respecto a las cuales los cristianos evangélicos tienen diferentes puntos de vista, a veces sostenidos muy fuertemente.

Este capítulo está organizado para avanzar desde los aspectos de la creación que la Biblia enseña más claramente, y con lo cual casi todos los evangélicos concordarían (creación de la nada, creación especial de Adán y Eva, y la bondad del universo), hasta otros aspectos de la creación respecto a los cuales los evangélicos han tenido discrepancias (tales como que Dios usó un proceso de evolución para realizar buena parte de la creación, y la edad de la tierra y de la raza humana).

Podemos definir la doctrina de la creación como sigue: *Dios creó de la nada el universo entero; fue originalmente muy bueno, y lo creó para glorificarse.*

A. Dios creó el universo de la nada

1. Evidencia bíblica de que Dios creó partiendo de la nada. La Biblia claramente nos exige creer que Dios creó el universo de la nada. (A veces se usa la frase latina *ex nihilo*, «de la nada»); y se dice entonces que la Biblia enseña la creación *ex nihilo*. Esto quiere decir que antes de que Dios empezara a crear el universo, no existía nada excepto Dios mismo.

Esto es lo que implica Génesis 1:1, que dice: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra». La frase «los cielos y la tierra» incluye el universo entero. El Salmo 33 también nos dice: «Por la palabra del SEÑOR fueron creados los cielos, y por el soplo de su boca, las estrellas. ... porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme» (Sal 33:6,9). En el Nuevo Testamento hallamos una afirmación universal al principio del Evangelio de Juan: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Jn 1:3). La frase «todas las cosas» se refiere al universo entero (cf. Hch 17:24; He

11:3). Pablo es muy explícito en Colosenses 1 cuando especifica todas las partes del universo, tanto visibles como invisibles: «Porque por medio de él fueron creadas *todas las cosas* en el cielo y en la tierra, *visibles e invisibles*, sean tronos,

124

poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él» (Col 1:16).

Hebreos 11:3 dice: «Por la fe entendemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible no provino de lo que se ve». Esta traducción refleja con exactitud el texto griego. Aunque el texto no enseña exactamente la doctrina de la creación a partir de la nada, está muy cerca de decirlo, puesto que dice que Dios no creó el universo de nada que fuera visible. La idea algo extraña de que el universo pudo haber sido creado de algo que era invisible probablemente no estaba en la mente del autor. El autor está contradiciendo el concepto de que la creación surgió de alguna materia previamente existente, y en ese sentido el versículo es muy claro.

Debido a que Dios creó el universo entero de la nada, ninguna materia en el universo es eterna. Todo lo que vemos: montañas, océanos, estrellas, la misma tierra, todo empezó a existir cuando Dios lo creó. Esto nos recuerda que Dios gobierna sobre todo el universo y que no se debe adorar en la creación nada que no sea Dios ni nada además de él. Sin embargo, si negáramos la creación a partir de la nada tendríamos que decir que alguna materia siempre ha existido y que es eterna como Dios. Esta idea sería un reto a la independencia de Dios, su soberanía y el hecho de que se debe adorar solamente a Dios. Si existió materia aparte de Dios, ¿qué derecho inherente tendría Dios para gobernarla y usarla para su gloria? Y, ¿qué confianza podríamos tener de que todo aspecto del universo a la larga cumplirá los propósitos de Dios si este no creó algunas partes del universo?

El lado positivo del hecho de que Dios creó de la nada el universo es que el universo tiene significado y propósito. Dios, en su visión, creó el universo *para algo*. Debemos tratar de comprender ese propósito y usar la creación de maneras que encajen en ese propósito; es decir, dar gloria a Dios.¹ Es más, en todo lo que la creación nos da gozo (cf. 1 Ti 6:17), debemos dar gracias a Dios que lo hizo todo.

2. Creación directa de Adán y Eva. La Biblia también enseña que Dios creó a Adán y Eva de una manera especial y personal. «Y Dios el SEÑOR formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente» (Gn 2:7). Después de eso Dios formó a Eva del cuerpo de Adán: «Entonces Dios el SEÑOR hizo que el hombre cayera en un sueño profundo y, mientras éste dormía, le sacó una costilla y le cerró la herida. De la costilla que le había quitado al hombre, Dios el SEÑOR hizo una mujer y se la presentó al hombre» (Gn 2:21-22). Evidentemente Dios le hizo saber a Adán algo de lo que había sucedido, porque Adán dice:

«Ésta sí es hueso de mis huesos y
carne de mi carne.

Se llamará mujer porque del hombre fue sacada»
(Gn 2:23).

Como veremos más adelante, los cristianos difieren en cuanto hasta dónde pudieron haber tenido lugar desarrollos evolutivos después de la creación, tal vez conduciendo, como dicen algunos, al desarrollo de organismos cada vez más complejos. Aunque hay diferencias en lo que algunos creyentes opinan respecto al reino vegetal y al reino animal, estos pasajes son tan

¹ Vea la sección C más adelante (pp. 130-131) sobre el propósito de Dios para la creación.

explícitos que sería muy difícil que alguien sostuviera la completa veracidad de la Biblia y a la vez sostuviera que los seres humanos fueran el resultado de un largo proceso evolutivo. Esto se debe a que cuando la Biblia dice que «Dios el SEÑOR formó al hombre del polvo de la tierra» (Gn 2:7), no parece posible deducir que lo hizo en un período de millones de años y empleó el desarrollo al azar de miles de organismos cada vez más complejos. Incluso más imposible de reconciliar con una noción evolutiva es el hecho de que esta narración claramente muestra a una Eva que no tuvo madre; la crearon directamente de la costilla de Adán mientras este dormía (Gn 2:21). En un concepto puramente evolutivo esto no sería posible, porque incluso la primera mujer «humana» habría descendido de alguna criatura casi humana que era todavía animal. El Nuevo Testamento afirma de nuevo la historicidad de esta creación especial de Adán y Eva cuando Pablo dice: «De hecho, el hombre no procede de la mujer sino la mujer del hombre; ni tampoco fue creado el hombre a causa de la mujer, sino la mujer a causa del hombre» (1 Co 11:8-9).

Esta creación especial de Adán y Eva muestra que, aunque podemos parecernos a los animales en muchos aspectos en nuestros cuerpos físicos, somos muy diferentes a los animales. Somos creados «a imagen de Dios», el pináculo de la creación divina, más parecidos a Dios que a cualquier otra criatura, y nombrados para gobernar el resto de la creación. Incluso la brevedad del relato de Génesis de la creación (comparado con la historia de los seres humanos en el resto de la Biblia) pone un maravilloso énfasis en la importancia del hombre a distinción del resto del universo. Esto contradice las tendencias de ver insignificante al hombre frente a la inmensidad del universo.

3. La obra del Hijo y del Espíritu Santo en la creación. Dios Padre fue el agente primario en la iniciación del acto de la creación. Pero el Hijo y el Espíritu Santo también estuvieron activos. Al Hijo a menudo se le describe como aquel «por» quien la creación se hizo realidad. «*Por medio de él* todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Jn 1:3). Pablo dice que hay «no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos» (1 Co 8:6), y que «*por medio de él* fueron creadas todas las cosas» (Col 1:16). Estos pasajes dan un cuadro uniforme del Hijo como agente activo que ejecuta los planes y directrices del Padre.

El Espíritu Santo también estaba obrando en la creación. Generalmente se le muestra completando, llenando y dando vida a la creación divina. En Génesis 1:2, «el Espíritu de Dios iba y venía sobre la superficie de las aguas», como en una función de preservación, sustentación y gobierno. Job dice: «El Espíritu de Dios me ha creado; me infunde vida el hálito del Todopoderoso» (Job 33:4). Es importante darse cuenta de que en varios pasajes del Antiguo Testamento la misma palabra hebrea (*ruakj*) puede significar, en diferentes contextos, «espíritu», «aliento», «soplo» o «viento». Pero en muchos casos no hay mucha diferencia en significado, porque aunque uno decidiera traducir algunas frases como «aliento de Dios» o incluso «soplo de Dios», de todos modos parecería una manera figurada de referirse a la actividad del Espíritu Santo en la creación. Por eso el salmista, hablando de la gran variedad de criaturas de la tierra y el mar, dice: «Pero si envías tu Espíritu, son creados» (Sal 104:30; vea también, sobre la obra del Espíritu Santo, Job 26:13; Is 40:13; 1 Co 2:10).

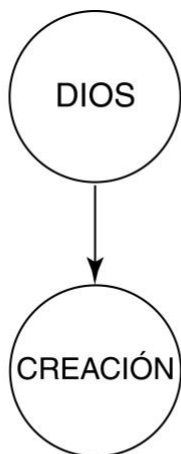
B. La creación es distinta de Dios y a la vez siempre depende de Dios

La enseñanza bíblica sobre la relación entre Dios y la creación es única entre las religiones del mundo. La Biblia enseña que Dios es distinto de la creación. No es parte de ella, porque él la hizo y la controla. El término que se usa a menudo para decir que Dios es mucho mayor que la creación es la palabra *trascendente*. Dicho en forma sencilla, esto quiere decir que Dios está

muy «por encima» de la creación en el sentido de que es mucho mayor que la creación e independiente de ella.

Dios también tiene que ver mucho con su creación, porque esta depende continuamente de él en cuanto a su existencia y funcionamiento. El término técnico que se usa para hablar de la intervención de Dios en la creación es la palabra *inmanente*, que quiere decir «que permanece en» su creación. El Dios de la Biblia no es una deidad abstracta alejada de su creación y sin interés en ella. La Biblia es la historia de la participación de Dios en su creación, y particularmente con las personas. Job afirma que incluso los animales y las plantas dependen de Dios: «En sus manos está la vida de todo ser vivo, y el hálito que anima a todo ser humano» (Job 12:10). En el Nuevo Testamento, Pablo afirma de Dios que «en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17:25,28). En verdad, en Cristo «todas las cosas ... por medio de él forman un todo coherente» (Col 1:17), y él es continuamente «el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (He 1:3). Pablo afirma en un mismo versículo la trascendencia y la inmanencia de Dios cuando habla de «un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos» (Ef 4:6).

El hecho de que la creación es distinta de Dios y a la vez siempre depende de Dios, de que Dios está muy por encima de la creación y sin embargo siempre tiene que ver con ella (en breve, que Dios es a la vez *trascendente e inmanente*), se puede representar como en la figura 7.1.



La creación es distinta de Dios y sin embargo siempre depende de Dios (Dios es a la vez trascendente e inmanente)

figura 7.1

Esto es claramente distinto del *materialismo*, que es la filosofía más común de los incrédulos de hoy, y que niega la existencia de Dios por completo. El materialismo diría que el universo material es todo lo que hay. Se le podría representar como en la figura 7.2.

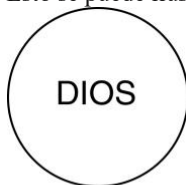


Materialismo

figura 7.2

Los cristianos de hoy que dedican casi todo el esfuerzo de sus vidas a ganar dinero o adquirir más posesiones se vuelven materialistas «prácticos» en su actividad, puesto que no serían muy diferentes si no creyeran en Dios.

El relato bíblico de la relación de Dios con su creación también es distinto del *panteísmo*. La palabra griega *pan* quiere decir «todo», y *panteísmo* es la idea de que todo, el universo completo, es Dios o es parte de Dios. Esto se puede ilustrar con la figura 7.3.

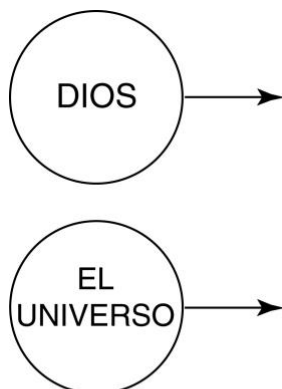


Panteísmo

figura 7.3

El panteísmo niega varios aspectos esenciales del carácter de Dios. Si el universo entero es Dios, Dios no tiene una personalidad distinta. Dios ya no es inmutable, porque conforme el universo cambia, Dios también cambiaría. Es más, Dios ya no sería santo, porque el mal que hay en el universo también sería parte de Dios. Otra dificultad es que a fin de cuentas la mayoría de los sistemas panteísticos (tales como el budismo y muchas otras religiones orientales) acaba negando la importancia de la personalidad humana individual: Puesto que todo es Dios, la meta del individuo debería ser combinarse con el universo y llegar a estar aun más unido a él, perdiendo así su distinción individual. Si el mismo Dios no tiene identidad personal aparte del universo, no deberíamos esforzarnos por tener nosotros una. Así que el panteísmo destruye no sólo la identidad de Dios como persona, sino también, a la larga, la de los seres humanos.

El relato bíblico también descarta el *dualismo*. Esta es la idea de que tanto Dios como el universo material han existido eternamente lado a lado. Según eso, hay dos fuerzas supremas en el universo: Dios y la materia. Esto se podría ilustrar con la figura 7.4.



Dualismo

figura 7.4

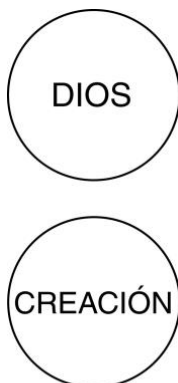
El problema con el dualismo es que indica un conflicto eterno entre Dios y los aspectos malos del universo material. ¿Triunfará a la larga Dios sobre el mal en el universo? No podemos estar seguros, porque tanto Dios como el mal al parecer siempre han existido lado a lado. Esta filosofía niega el señorío supremo de Dios sobre la creación, y también que la creación surgió por voluntad de Dios, que se debe usar solamente para propósitos divinos y que es para glorificarle. Esta noción también niega que el universo fue creado inherentemente bueno (Gn 1:31), y anima a la gente a concebir la realidad material como mala en sí misma, en contraste con un relato bíblico genuino de una creación que Dios hizo para que fuera buena y que él gobierna sus propios propósitos en mira.

Un ejemplo de dualismo en la cultura moderna es la trilogía de *La guerra de las galaxias*, que postula la existencia de una «Fuerza» universal que tiene un lado bueno y un lado malo. No hay concepto de un Dios santo y trascendente que lo gobierna todo y que con toda certeza triunfará sobre todo. Cuando los inconversos de hoy empiezan a darse cuenta del aspecto universal del universo, a menudo se vuelven dualistas, y simplemente reconocen que hay aspectos buenos y malos en el mundo sobrenatural o espiritual. En su mayor parte la Nueva Era es dualista. Por supuesto, Satanás se deleita en hacer que la gente piense que hay una fuerza del mal en el universo que tal vez sea igual al mismo Dios.

El concepto cristiano de la creación también es distinto al concepto del *deísmo*. El deísmo es la noción de que hoy día Dios no interviene para nada con la creación. Esto se puede representar con la figura 7.5, que podrá ver más adelante.

El deísmo por lo general sostiene que Dios creó el universo y es mucho más grande que el universo (Dios es «trascendente»). Algunos deístas también concuerdan en que Dios tiene normas morales y que a la larga cobrará cuentas a las personas en el día del juicio. Pero niegan la presente intervención de Dios en el mundo, lo que no deja lugar para su inmanencia en el orden creado. Más bien, ven a Dios como un divino relojero que le dio cuerda al «reloj» de la creación al principio y luego la dejó para que anduviera por sí sola.

Si bien el deísmo en cierta manera afirma la trascendencia de Dios, niega casi toda la historia de la Biblia, que es la historia de la participación activa de Dios en el mundo. Muchos cristianos «tibios» o nominales de hoy son, en efecto, deístas prácticos, puesto que viven vidas casi totalmente desprovistas de oración genuina, adoración, temor de Dios y confianza constante de que Dios satisfará las necesidades que surjan.



Deísmo

*figura 7.5***C. Dios creó el universo para que muestre su gloria**

Es claro que Dios creó a su pueblo para su gloria, porque habla de sus hijos como «al que yo he creado *para mi gloria*, al que yo hice y formé» (Is 43:7). Pero no son los seres humanos solamente los que Dios creó con este propósito. La creación entera tiene el propósito de mostrar la gloria de Dios. Incluso la creación inanimada —las estrellas, el sol, la luna en el firmamento— testifica de la grandeza de Dios: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos. Un día comparte al otro la noticia, una noche a la otra se lo hace saber» (Sal 19:1-2). El canto de adoración celestial en Apocalipsis 4 conecta la creación divina de todas las cosas con el hecho de que Dios es digno de recibir de ellas toda la gloria:

«Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas» (Ap 4:11).

¿Qué muestra la creación acerca de Dios? Primordialmente muestra su gran poder y sabiduría, muy superior a todo lo que cualquier criatura podría imaginar.² «Dios hizo la tierra con su poder, afirmó el mundo con su sabiduría, ¡extendió los cielos con su inteligencia!» (Jer 10:12). Un vistazo al sol o a las estrellas nos convence del infinito poder de Dios. Incluso una breve inspección de cualquier hoja de árbol, o de la maravilla de la mano humana, o de cualquier célula viva, nos convence de la gran sabiduría de Dios. ¿Quién podría hacer todo esto? ¿Quién podría hacerlo de la nada? ¿Quién podría sustentarlo día tras día por años sin fin? Tan infinito poder, una habilidad tan intrincada, está completamente más allá de nuestra comprensión. Cuando meditamos en esto damos gloria a Dios.

Cuando afirmamos que Dios creó el universo para mostrar su gloria es importante que nos demos cuenta de que no necesitaba crearlo. No debemos pensar que Dios necesitaba más gloria que la que tenía dentro de la Trinidad por toda la eternidad, ni que de alguna manera estaba incompleto sin la gloria que recibiría del universo creado. Esto negaría la independencia de

² Vea en el cap. 3, pp. 54-58, una explicación de la necesidad de la Biblia para poder interpretar correctamente la creación.

Dios e implicaría que Dios necesitaba del universo para ser completamente Dios.³ Más bien, debemos afirmar que la creación del universo fue *un acto totalmente voluntario de Dios*. No fue un acto necesario sino algo que Dios escogió hacer. «Tú creaste todas las cosas; *por tu voluntad* existen y fueron creadas» (Ap 4:11). Dios deseó crear el universo para demostrar su excelencia. La creación muestra su gran sabiduría y poder, y a fin de cuentas muestra por igual todos sus otros atributos.⁴ Parece que Dios creó el universo, entonces, para deleitarse en su creación, porque conforme la creación exhibe varios aspectos del carácter de Dios, él se deleita en ella.

Esto explica por qué nosotros mismos nos deleitamos espontáneamente en toda clase de actividades creadoras. Las personas que tienen habilidades artísticas, musicales o literarias disfrutan al crear y luego ver, oír o contemplar su obra creadora. Dios nos ha hecho de modo que disfrutamos al imitar, a nuestra manera como criaturas, su actividad creadora. Y uno de los asombrosos aspectos de la humanidad, a distinción del resto de la creación, es nuestra capacidad de crear cosas nuevas. Esto también explica por qué nos deleitamos en otras clases de actividad «creativa». Muchos disfrutan al cocinar, al decorar su casa, en jardinería, al trabajar en madera u otros materiales, al lograr invenciones científicas o diseñar nuevas soluciones a problemas en la producción industrial. Incluso los niños disfrutan al colorear dibujos o construir casas con bloques. En todas estas actividades reflejamos en pequeña medida la actividad creadora de Dios, y debemos deleitarnos en ella y agradecerle por ello.

D. El universo que Dios creó era «muy bueno»

Este punto sigue al anterior. Si Dios creó el universo para mostrar su gloria, era de esperarse que el universo cumpliera el propósito para el que fue creado. En efecto, cuando Dios terminó su obra de creación, se deleitó en ella. Al fin de cada etapa de la creación, Dios vio que todo lo que había hecho era «bueno» (Gn 1:4,10,12,18,21,25). Luego, al final de los seis días de creación, «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró *que era muy bueno*» (Gn 1:31). Dios se deleitó en la creación que acababa de hacer tal como se lo había propuesto.

Aunque ahora hay pecado en el mundo, la creación material todavía es buena a la vista de Dios y nosotros igualmente debemos verla como «buena». Este conocimiento nos librará de un ascetismo falso que ve el uso y disfrute de la creación material como malo. Pablo dice que «todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada es despreciable si se recibe con acción de gracias» (1 Ti 4:4-5).

Aunque uno puede usar el orden creado de una manera pecadora o egoísta, y este puede alejar de Dios nuestros afectos, no debemos permitir que el peligro de abusar de la creación de Dios nos impida usarla de una manera positiva, con agradecimiento y gozo, para nuestro propio disfrute y para el bien de su reino. Poco después de advertimos en contra del deseo de ser ricos y del «amor al dinero» (1 Ti 6:9-10), Pablo afirma que es Dios mismo «que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos» (1 Ti 6:17). Este hecho da lugar a que los cristianos promuevan el apropiado desarrollo industrial y tecnológico (junto con el cuidado del medio ambiente), y el uso agradecido y gozoso de los abundantes productos de la tierra que Dios ha creado: asombrosas variedades de alimentos, ropa y viviendas, así como miles de productos modernos tales como automóviles, aviones, cámaras, teléfonos y computadoras. Todas estas cosas se pueden valorar demasiado y pueden usarse mal, pero en sí mismas no son malas; son desarrollo de la buena creación divina y se deben ver como buenas dádivas de Dios.

³ Vea la explicación de la independencia de Dios en el cap. 4, pp. 71-72, y de su libertad, en el cap. 5, pp. 95-99.

⁴ Vea la explicación en el cap. 4, p. 68, sobre las maneras en que toda la creación revela varios aspectos del carácter de Dios.

E. Relación entre la Biblia y los hallazgos de la ciencia moderna

En varios momentos de la historia los cristianos han disentido de ciertos hallazgos de la ciencia contemporánea. En la vasta mayoría de los casos, la fe cristiana sincera y la fuerte confianza en la Biblia ha llevado a los científicos a descubrir nuevas realidades acerca del universo de Dios, y estos descubrimientos han cambiado la opinión científica de ahí en adelante. La vida de Isaac Newton, Galileo Galilei, Juan Kepler, Blas Pascal, Roberto Boyle, Miguel Faraday, James Clerk Maxwell y muchos otros son ejemplo de esto.

Por otro lado, ha habido ocasiones cuando la opinión científica aceptada ha estado en conflicto con el concepto que la gente tenía de lo que la Biblia dice. Por ejemplo, cuando el astrónomo italiano Galileo (1564—1642) empezó a enseñar que la tierra no era el centro del universo, sino que la tierra y otros planetas giraban alrededor del sol (así siguiendo las teorías del astrónomo polaco Copérnico [1472—1543]), lo criticaron, y con el tiempo la Iglesia Católica Romana condenó sus escritos. Esto se debió a que muchos pensaban que la Biblia enseñaba que el sol giraba alrededor de la tierra. La verdad es que la Biblia no enseña tal cosa, pero fue la astronomía de Copérnico lo que hizo que la gente volviera a examinar las Escrituras para ver si realmente enseñaban lo que ellos pensaban que enseñaba. Las descripciones de la Biblia en cuanto al sol que se levanta y se pone (Ec 1:5, et ál.) solamente describen los hechos según los ve el observador humano, y desde esa perspectiva dan una descripción correcta. La lección de Galileo, que fue obligado a retractarse de sus enseñanzas y tuvo que vivir bajo arresto domiciliario durante los últimos años de su vida, debería recordarnos que la observación cuidadosa del mundo natural puede hacernos volver a la Biblia y reexaminar para ver si las Escrituras en realidad enseñan lo que nosotros pensamos que enseñan. A veces, al examinar más detenidamente el texto bíblico, hallaremos que nuestras interpretaciones previas estaban equivocadas.

En la sección que sigue hemos anotado algunos principios por los cuales se puede abordar la relación entre la creación y los hallazgos de la ciencia moderna.

1. Cuando se entienden correctamente todos los hechos, no habrá «conflicto final» entre la Biblia y la ciencia natural. La frase «no habrá conflicto final» se tomó de un libro muy útil de Francis Schaeffer, *No Final Conflict*.⁵ Respecto a las cuestiones sobre la creación del universo, Schaeffer menciona varios aspectos en los que, a su juicio, hay campo para desacuerdos entre los cristianos que creen en la total veracidad de las Escrituras. Entre estos aspectos incluye la posibilidad de que Dios creó un universo «crecido», la posibilidad de una brecha entre Génesis 1:1 y 1:2 o entre 1:2 y 1:3, la posibilidad de un día largo en Génesis 1, y la posibilidad de que el diluvio haya afectado la información geológica. Schaeffer deja bien claro que no está diciendo que alguna de estas posiciones sea la suya; sólo que son teóricamente posibles. El principal punto de Schaeffer es que tanto en nuestro entendimiento del mundo natural como en nuestro entendimiento de la Biblia, nuestro conocimiento no es perfecto. Pero podemos abordar tanto el estudio científico como el bíblico con la confianza de que cuando se entiendan correctamente todos los hechos, y cuando hayamos entendido la Biblia como es debido, nuestros hallazgos nunca estarán en conflicto unos con otros, y que «no habrá conflicto final». Esto se debe a que Dios, que habla en la Biblia, lo sabe todo, y no ha hablado de una manera que estaría en contradicción con algo cierto en el universo.

⁵ InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1975.

2. Algunas teorías sobre la creación parecen claramente incongruentes con las enseñanzas de la Biblia. En esta sección examinaremos tres tipos de explicación del origen del universo que no parecen encajar bien con lo que dice la Biblia.

a. *Teorías seculares.* Para cubrir mejor el tema, mencionamos aquí sólo brevemente que cualquier teoría puramente secular del origen del universo sería inaceptable para los que creen en la Biblia. Una teoría «secular» es cualquier teoría del origen del universo que no reconozca que un Dios personal e infinito creó el universo conforme a un diseño inteligente. Por lo tanto, la teoría de la «gran explosión» (en una forma secular que excluye a Dios), y cualquier teoría que sostenga que la materia siempre ha existido, no encaja con la enseñanza bíblica de que Dios creó el universo de la nada, y que lo hizo para su gloria. (Cuando se piensa en la evolución darwiniana en un sentido totalmente materialista, como a menudo se hace, pertenecería también a esta categoría).⁶

b. *Evolución teísta.* Desde la publicación del libro de Darwin, *El origen de las especies mediante la selección natural* (1859), algunos cristianos han propuesto que los organismos vivos surgieron por el proceso de evolución que Darwin propuso pero que Dios guió ese proceso de modo que el resultado fue exactamente lo que él quería que fuera. A esta noción se le conoce como *evolución teísta* porque aboga una creencia en Dios (es «teísta») y también en la evolución. Muchos que sostienen la evolución teísta propendrían que Dios intervino en el proceso en algunos puntos cruciales, por lo general (1) la creación de la materia al principio, (2) la creación de la forma más simple de vida, y (3) la creación del hombre. Pero con la posible excepción de esos puntos de intervención, los evolucionistas teístas sostienen que la evolución procedió de las maneras en que han descubierto los científicos naturales y que fue el proceso que Dios decidió usar al permitir el desarrollo de todas las formas de vida en la tierra. Creen que la mutación por casualidad de las cosas vivas condujo al desarrollo de formas más altas de vida mediante el hecho de que las que tenían la «ventaja adaptadora» (una mutación que les permitía ser más capaces de sobrevivir en su medio ambiente) sobrevivían mientras que las demás no.

Un examen de la información bíblica revela que la evolución teísta está en contraposición al relato bíblico de la creación. La clara enseñanza de la Biblia de que hay propósito en la creación divina parece incompatible con la casualidad que exige la teoría evolucionista. Cuando la Biblia informa que Dios dijo: «¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, y reptiles, según su especie!» (Gn 1:24), presenta a Dios haciendo las cosas con intención y propósito. Pero esto es lo opuesto a que, enteramente por casualidad y sin propósito, surgieran los millones de mutaciones que tendrían que producirse antes de que emergiera una nueva especie según la teoría evolucionista.

La diferencia fundamental entre la noción bíblica de la creación y la evolución teísta es esta: La fuerza impulsora que produce los cambios y el desarrollo de nuevas especies en todos los esquemas evolucionistas es *la casualidad*. Sin mutaciones al azar de organismos, no hay ninguna evolución en el sentido científico moderno. La mutación casual es la fuerza sustentadora que con el tiempo produce el desarrollo de las formas de vida más simples a las más complejas. Pero la fuerza impulsora en el desarrollo de nuevos organismos según la Biblia es el diseño inteligente de Dios. «Dios hizo los animales domésticos, los animales salvajes, y todos los reptiles, según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno» (Gn 1:25). Estas afirmaciones no parecen encajar con la idea de que Dios creó, dirigió u observó millones de mutaciones al azar, ninguna de las cuales fue «muy buena» según la manera en que él la quería,

⁶ Vea en las pp. 134-137 más adelante, una explicación de la evolución darwiniana.

ninguna de las cuales fue la clase de plantas o animales que él quería tener en la tierra. La teoría evolucionista teísta está obligada a entender que los hechos sucedieron más o menos así: «Y dijo Dios: “¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, y reptiles, según su especie!” Y después de trescientos ochenta y siete millones, cuatrocientos noventa y dos mil ochocientos setenta y un intentos, Dios por fin logro hacer un ratón que caminar».

Esto parece una explicación extraña, pero es precisamente lo que el evolucionista teísta tiene que postular en cuanto a cada una de los cientos de miles de diferentes clases de plantas y animales de la tierra. Todas se desarrollaron mediante un proceso de mutación al azar en un lapso de millones de años, y fueron gradualmente aumentando en complejidad puesto que la vasta mayoría de las mutaciones eran dañinas pero las mutaciones ocasionales resultaron ventajosas para la criatura.

Un evolucionista teísta tal vez objete diciendo que Dios intervino en el proceso y lo guió en muchos puntos en la dirección en que él quería que fuera. Pero una vez que se permite esto, hay propósito y un diseño inteligente en el proceso; ya no tenemos evolución como tal, porque ya no hay mutación espontánea (en los puntos de intervención divina, los puntos que realmente producen los resultados).

La evolución teísta también parece incompatible con el cuadro bíblico de la palabra creadora de Dios al producir respuesta inmediata. Cuando la Biblia habla de la palabra creadora de Dios recalca el poder de su palabra y su capacidad para lograr su propósito.

Por la palabra del SEÑOR fueron creados los cielos, y
por el sople de su boca, las estrellas.
... porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y
todo quedó firme (Sal 33:6,9).

Esta clase de afirmación parece estar en contra de la idea de que Dios habló, y después de millones de años y millones de mutaciones al azar en las cosas vivas, su poder produjo el resultado que él se había propuesto. Más bien, tan pronto como Dios dijo: «¡Que haya vegetación sobre la tierra», la próxima frase nos dice: «Y así sucedió» (Gn 1:11).

El papel activo y presente de Dios al crear y formar toda cosa viviente que llega a existir también es difícil de reconciliar con la clase de supervisión «a distancia» de la evolución que propone la evolución teísta. David puede confesar: «Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre» (Sal 139:13). Y Dios le dijo a Moisés: «“¿Y quién le puso la boca al hombre?”», le respondió el SEÑOR. «¿Acaso no soy yo, el SEÑOR, quien lo hace sordo o mudo, quien le da la vista o se la quita?» (Ex 4:11). Dios hace crecer la hierba (Sal 104:14; Mt 6:30) y da de comer a las aves (Mt 6:26) y a las demás criaturas de la espesura (Sal 104:21,27-30). Si Dios interviene tanto en el crecimiento y desarrollo de cada paso de toda cosa viva incluso ahora, ¿es congruente con la Biblia decir que estas formas de vida resultaron originalmente mediante un proceso evolutivo dirigido por mutación al azar antes que por creación directa y determinada de Dios?

Finalmente, la creación especial de Adán, y luego de Eva a partir de Adán, es una fuerte razón para alejarse de la evolución teísta. Los evolucionistas teístas que arguyen por una creación especial de Adán y Eva debido a las afirmaciones de Génesis 1—2 en realidad se han separado de todas maneras de la teoría evolucionista en el punto de mayor interés para los seres humanos. Pero si, basándonos en la Biblia, insistimos en la intervención especial de Dios en el momento de la creación de Adán y Eva, ¿qué nos impide permitir que Dios interviniera, de una manera similar, en la creación de los organismos vivos?

Debemos darnos cuenta de que la historia de la creación especial de Adán y Eva que registra la Biblia los presenta a estos muy diferentes de las criaturas humanas primitivas y con

habilidades mínimas — que eran apenas un ápice superior de criaturas altamente desarrolladas que no eran humanas — que los evolucionistas dirían que fueron. La Biblia pinta al primer hombre y a la primera mujer, Adán y Eva, con capacidades lingüísticas, morales y espirituales altamente desarrolladas desde el momento en que fueron creados. Podían hablar entre sí. Podían hablar con Dios. Eran muy diferentes de los primeros humanos casi animales, descendientes de criaturas no humanas parecidas a simios, que aduce la teoría evolucionista.

Parece muy apropiado concluir en las palabras del geólogo David A. Young: «La posición del evolucionismo teísta según la expresan algunos de sus proponentes no es una posición uniformemente cristiana. No es una posición verdaderamente bíblica, porque se basa en parte en principios importados al cristianismo».⁷ Según Louis Berkhof, «la evolución teísta es en verdad hija de la vergüenza, que pide que Dios intervenga a intervalos periódicos para ayudar a la naturaleza sobre los abismos que bostezan a sus pies. No es ni la doctrina bíblica de la creación, ni una coherente teoría de la evolución».⁸

c. Notas sobre la teoría darviniana de la evolución

(1) *Retos actuales a la evolución.* La palabra *evolución* puede usarse de diferentes maneras. A veces se usa para referirse a la «microevolución», o sea, a los pequeños desarrollos dentro de una especie, como los de las moscas o mosquitos que se vuelven inmunes a los insecticidas, o los seres humanos que crecen en estatura, o al desarrollo de rosas de nuevos colores o nuevas variedades. Hoy tenemos innumerables ejemplos evidentes de tal microevolución, y nadie niega que exista. Pero no es en este sentido que se usa por lo general la palabra *evolución* al hablar de las teorías de la creación y la evolución.

El término *evolución* se usa más comúnmente para referirse a la macroevolución, o sea, la «teoría general de la evolución», o la noción de que «de la sustancia inerte salió la primera materia viva, que subsiguientemente se reprodujo y se diversificó para producir todos los organismos existentes y extintos».⁹ En este capítulo, al usar la palabra *evolución*, nos referiremos a la macroevolución o teoría general de la evolución. En la teoría darviniana evolucionista moderna, la historia del desarrollo de la vida empezó cuando una mezcla de sustancias químicas presentes en la tierra produjo espontáneamente una forma de vida muy sencilla, probablemente de una sola célula. Esta célula viva se reprodujo, y con el tiempo hubo algunas mutaciones o diferencias en las nuevas células producidas. Estas mutaciones condujeron al desarrollo de formas de vida más complejas. En un ambiente hostil muchas de ellas perecerían, y sólo las más aptas para su medio sobrevivirían y se multiplicarían. Así que la naturaleza ejerció un proceso de «selección natural» en el que los diferentes organismos más aptos al ambiente sobrevivirían. Más y más mutaciones con el tiempo se desarrollaron y se convirtieron en más y más variedades de cosas vivas, de modo que del organismo más sencillo con el tiempo surgieron todas las formas de vida compleja en la tierra mediante este proceso de mutación y selección natural.

Desde que Carlos Darwin publicó por primera vez su libro *El origen de las especies mediante la sección natural* en 1859, los cristianos y los no cristianos por igual han

⁷ Davis A. Young, *Creation and the Flood: An Alternative to Flood Geology and Theistic Evolution*, Baker, Grand Rapids, 1977, p.

38. Young incluye una explicación de las creencias de Richard H. Bube, destacado proponente de la evolución teísta (pp. 33-35).

⁸ Louis Berkhof, *Introduction to Systematic Theology*, Eerdmans, Grand Rapids, 1932; reimpresión, Baker, Grand Rapids, 1979, pp. 139-40.

⁹ Wayne Frair and Percival Davis, *A Case for Creation*, 3ª ed., CRS Books, Norcross, GA, 1983, p. 25.

cuestionado su teoría. Los críticos modernos están produciendo en forma creciente críticas devastadoras de la teoría evolucionista, y han señalado puntos como los siguientes:¹⁰

(a) Después de más de cien años de cría experimental de varias clases de animales y plantas, la cantidad de variación que se puede producir (incluso con cría *intencional*, no al azar) es extremadamente limitada, debido a la limitada gama de variación genética en cada tipo de ser vivo.¹¹ Los perros que se crían selectivamente por generaciones seguirán siendo perros; las moscas de frutas siguen siendo moscas de frutas, y así por el estilo.

(b) Las vastas y complejas mutaciones requeridas para producir órganos complejostales como el ojo o el ala de un pájaro (o cientos de otros órganos) no pudieron haber ocurrido en mutaciones diminutas acumuladas en miles de generaciones, porque las partes individuales del órgano son inútiles (y no dan ninguna «ventaja») a menos que el órgano entero esté funcionando. (Los cientos de partes necesarias para que funcione un ojo o el ala de un ave tienen que estar presentes, porque de lo contrario las demás partes son inútiles y no confieren ninguna ventaja adaptativa.) Pero la probabilidad matemática de que cientos de tales mutaciones *por casualidad* se sucedan a la vez en una generación definitivamente es cero.

(c) Los subsiguientes 130 años de intensa actividad arqueológica desde el tiempo de Darwin no han logrado producir ni siquiera una muestra de un «tipo intermedio (o transitorio)», un fósil que muestre algunas características de cierto animal y unas pocas características del siguiente tipo de desarrollo, que sería necesario para llenar las brechas en el historial de fósiles entre las distintas clases de animales.¹²

(d) Los avances en la biología molecular revelan cada vez más la increíble complejidad de incluso los organismos más sencillos, y no se ha dado ninguna explicación satisfactoria al origen de esas diferencias.¹³

(e) Probablemente la mayor dificultad de toda la teoría evolucionista es explicarcómo pudo haber empezado la vida. La generación espontánea de incluso el organismo vivo más sencillo capaz de tener vida independiente (la célula bacteriana procariote) de materia inorgánica en la tierra no pudo haber sucedido por la mezcla casual de químicos; exige diseño y artesanía inteligente tan compleja que ningún laboratorio científico avanzado del mundo ha podido lograrlos.

Es importante notar que los cinco argumentos precedentes no se basan en «la Biblia *versus* la ciencia» (que la comunidad científica secular regularmente descarta como superstición o irracionalismo), sino en «ciencia *versus* ciencia», es decir, que los argumentos simplemente examinan la evidencia que se halla en el mundo natural y preguntan adónde conduce esa evidencia. Si la evidencia conduce en una dirección (por ejemplo, da fuerte evidencia de un diseño inteligente) y el aferramiento filosófico del científico a una explicación materialista y naturalista del origen de la vida conduce en otra dirección, ¿qué va a hacer el científico? ¿Va a continuar insistiendo en que la vida debe tener una explicación naturalista, no porque los datos científicos lo prueban, sino porque se ha propuesto explicarlo todo de una manera naturalista? Entonces debemos preguntarnos: ¿Se basa su aferramiento al naturalismo como

¹⁰ Estos puntos son derivados de Phillip E. Johnson, *Darwin on Trial*, InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1991. Vea también su *Reason in the Balance: The Case Against Naturalism in Science, Law, and Education*, InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1995, y *Defeating Darwinism by Opening Minds*, InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997.

¹¹ Johnson, *Darwin on Trial*, pp. 15-20.

¹² *Ibid.*, pp. 73-85; trata de dos ejemplos que a veces se aducen de tal vez cien millones de fósiles que se han descubierto, *arqueoptérix* (un ave con algunas características parecidas a los reptiles), y algunos ejemplos simiodes que se piensa que son homínidos prehumanos. El *arqueoptérix* sigue siendo más pájaro y no un casi reptil. El estudio de las características de los supuestamente fósiles prehumanos incluye grandes cantidades de especulación subjetiva, lo que resulta en fuertes diferencias entre los expertos que las han examinado.

¹³ *Ibid.*, pp. 86-99. Un argumento especialmente fuerte de complejidad irreducible en las células vivas que se puede explicar únicamente por diseño inteligente se halla en Michael Behe, *Darwin's Black Box: The Biochemical Challenge to Evolution*, Free Press, New York, 1996.

metodología en alguna evidencia que ha visto al investigar el mundo, o se basa en ciertas ideas filosóficas que ha adoptado por otras razones?

Phillip Johnson cita a Richard Lewontin, eminente biólogo de Harvard, que claramente dice que siempre escogerá una explicación naturalista en tal situación:

Nos ponemos de parte de la ciencia *a pesar del* patente absurdo de algunas de sus deducciones, *a pesar de* que no ha podido cumplir muchas de sus extravagantes promesas de salud y vida, *a pesar de* la tolerancia de la comunidad científica de cuentos no confirmados, porque ya estamos comprometidos, comprometidos con el materialismo. No es que los métodos e instituciones de la ciencia de alguna manera nos obliguen a aceptar una explicación material del mundo de los fenómenos, sino que, por el contrario, nos vemos forzados por una adherencia previa a causas materiales a crear un aparato de investigación y un conjunto de conceptos que produzcan explicaciones materiales, no importa cuan contrarias a la lógica o desconcertantes puedan ser para los desconocedores. Es más, ese materialismo es absoluto, porque no podemos permitir un Pie Divino en la puerta.¹⁴

Se continúan publicando numerosos retos a la teoría de la evolución. Sin embargo, es trágico que la opinión común, perpetuada en muchos libros de textos de ciencia de hoy, sea de que la evolución es un «hecho» establecido, y que eso continúe persuadiendo a muchas personas a no considerar la total veracidad de la Biblia como un punto de vista intelectualmente aceptable que sostienen los individuos responsables y pensantes de hoy. Uno sólo espera que no pase mucho tiempo antes de que la comunidad científica reconozca la improbabilidad de la teoría evolucionista, y los libros de texto que se escriben para la secundaria y universidades abiertamente reconozcan que la evolución no es una explicación satisfactoria del origen de la vida en la tierra.

(2) *Las influencias destructoras de la teoría evolucionista sobre el pensamiento moderno.* Es importante entender las increíblemente destructivas influencias que la teoría evolucionista ha tenido sobre el pensamiento moderno. Si en verdad Dios no creó la vida, y si los seres humanos en particular no fueron creados por Dios ni tienen que rendirle cuentas, no que somos simplemente el resultado de ocurrencias casuales en el universo, ¿qué significación tiene la vida humana? Somos meramente el producto de la materia más el tiempo más la casualidad, y pensar que tenemos alguna importancia eterna, o alguna importancia real en todo frente a un universo inmenso, es simplemente engañarnos nosotros mismos. Una reflexión sincera sobre todo esto debe llevar a las personas a un profundo sentido de desesperación.

Es más, si la vida se puede explicar mediante la teoría evolucionista aparte de Dios, y si no hay un Dios que nos creó (o por lo menos si no podemos saber nada de él con certeza), no hay Juez supremo que nos considere moralmente responsables. Por consiguiente, no hay absolutos morales en la vida humana, y las ideas morales de las personas son solamente preferencias subjetivas, buenas para ellos tal vez pero no para que las impongan a otros. Si es así, lo único prohibido es decir que uno sabe que ciertas cosas son buenas y que otras cosas son malas.

Hay otra ominosa consecuencia de la teoría evolucionista. Si los procesos inevitables de la selección natural continúan produciendo mejoras en las formas de vida en la tierra mediante la supervivencia del más apto, ¿por qué estorbar este proceso cuidando a los débiles y menos capaces de defenderse a sí mismos? ¿No deberíamos más bien permitirles que se mueran sin reproducirse, para así poder avanzar hacia una forma nueva, más alta de humanidad, incluso una «raza maestra»? Por cierto, Marx, Nietzsche y Hitler justificaron la guerra sobre esta base.

¹⁴ Phillip E. Johnson, «The Unraveling of Scientific Materialism», in *First Things* 77, noviembre de 1997, p. 22.

Adicionalmente, si los seres humanos están continuamente evolucionando hacia lo mejor, la sabiduría de generaciones anteriores (y particularmente de creencias religiosas anteriores) no es probable que sea tan valiosa como el pensamiento moderno. Además, el efecto de la evolución darwiniana en la opinión de las personas en cuanto a la confiabilidad de la Biblia ha sido muy negativo.

Las teorías sociológicas y psicológicas contemporáneas que ven a los seres humanos simplemente como formas más altas de animales son otro resultado del pensamiento evolucionista. Los extremos del movimiento moderno de «derechos de los animales» que se oponen a la matanza de todos los animales (para comida, abrigos de pieles, o investigación médica, por ejemplo), también surgen naturalmente del pensamiento evolutivo.

3. La edad de la tierra. Hasta este punto las consideraciones en este capítulo han abogado por conclusiones que esperamos hallen un amplio asentimiento entre los cristianos evangélicos. La cuestión de la edad de la tierra, sin embargo, es un asunto aturdidor respecto al cual los cristianos que creen en la Biblia han diferido por muchos años, a veces muy agudamente. Las dos opciones primordiales en cuanto a la edad de la tierra son la posición de una «tierra vieja», que concuerda con el consenso de la ciencia moderna, de que la tierra tiene unos cuatro mil quinientos millones de años, y la posición de la «tierra joven», que dice que la tierra tiene de diez mil a veinte mil años, y que los métodos científicos seculares de fechar la tierra son incorrectos.

Los que abogan por las teorías de la creación según una tierra vieja proponen que los seis «días» de la creación en Génesis 1 se refieren no a períodos de veinticuatro horas, sino más bien a períodos largos de tiempo, millones de años, durante los cuales Dios llevó a cabo las actividades creadoras descritas en Génesis 1.¹⁵ Destacan que la palabra hebrea que se traduce «día» a veces se usa para referirse no a un día literal de veinticuatro horas sino a un período largo (la misma palabra hebrea se usa, por ejemplo, en Gn 2:4; Éx 20:12; Job 20:28; Pr 24:10; 25:13; Ec 7:14; et ál.). Otros factores que respaldan el concepto de una tierra vieja incluyen el hecho de que las genealogías de la Biblia contienen brechas y no tienen la intención de que se usen para calcular la edad de la tierra, y las evidencias de la antigüedad del universo (tal como la evidencia de la división continental, la formación de arrecifes de coral, las medidas astronómicas y varias clases de fechado radiométrico).

Los que sostienen las teorías de la creación de una «tierra joven» arguyen que los «días» de Génesis representan períodos literales de veinticuatro horas, señalando el hecho de que cada uno de los días de Génesis 1 terminan con una expresión tal como: «Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el primer día» (Gn 1:5). Algunos de los que abogan por el concepto de una tierra joven sugieren que la creación original debe haber tenido «la apariencia de edad» incluso desde el primer día. Los que sostienen esta posición a menudo la combinan con ciertas objeciones de los procesos científicos de fechado, y cuestionan la confiabilidad del fechado radiométrico y las presuposiciones respecto al índice de declinación de ciertos elementos. Otros que abogan por el concepto de una tierra joven aducen que las tremendas fuerzas naturales que el diluvio desató en tiempos de Noé (Gn 6—9), alteraron significativamente la superficie de la tierra, y ejercieron presiones extremadamente altas sobre la tierra y depositaron fósiles en capas de sedimento increíblemente gruesas sobre toda la superficie de la tierra.

Mientras que los varios argumentos de los dos conceptos básicos de la edad de la tierra son complejos y nuestras conclusiones son tentativas, en este punto de nuestra comprensión, parece ser más fácil entender que la Biblia *sugiere* (pero no exige) el concepto de una tierra

¹⁵ Una creencia alterna entre algunos que abogan por una «tierra vieja» es que los seis días de Génesis no tienen la intención de indicar una secuencia cronológica de eventos, sino más bien un «marco de trabajo» literario, que el autor usa para enseñarnos sobre la actividad creadora de Dios.

joven, aunque los hechos observables de la creación parecen favorecer cada vez más el concepto de una tierra vieja. Tal vez esta situación cambie en los próximos años conforme los cristianos examinen más detenidamente la Biblia y la evidencia de la naturaleza. Es teóricamente posible que los que abogan por una tierra joven puedan avanzar a argumentos más detallados basados en la Biblia y muestren no sólo que los versículos favorecen el concepto de la tierra joven, sino que las palabras de la Biblia nos *exigen* que sostengamos la noción de una tierra joven (esas son dos afirmaciones enteramente diferentes, porque en varios otros pasajes, tales como los del sol que se levanta y se pone, lo que salta a la vista al leerlo por primera vez en la Biblia no es lo correcto). Por otro lado, es posible que más investigación de la información que se tiene sobre el universo proveerá una avalancha creciente de datos para un lado o para el otro, bien sea en sorprendentes inversiones de las afirmaciones científicas modernas en cuanto a la antigüedad de la tierra, o evidencia adicional abrumadora de que la tierra es en verdad extremadamente vieja. Es probable que la investigación científica en los próximos diez o veinte años inclinará el peso de la evidencia decisivamente bien hacia una noción de una tierra joven, o hacia una noción de una tierra vieja, y el peso de la opinión erudita cristiana (tanto de eruditos bíblicos como científicos) empezará a cambiar decisivamente en una dirección o la otra. Esto no debería causar alarma a los que abogan por cualquiera de las dos posiciones, porque la veracidad de la Biblia no está amenazada (nuestras interpretaciones de Génesis 1 tienen suficientes indefiniciones como para permitir que una u otra posición sea posible).

Sin embargo, hay que decir en este punto que, con la información que ahora tenemos, no es del todo fácil decidir este asunto con certeza. Se debe dejar abierta la posibilidad de que Dios ha escogido no darnos suficiente información para que lleguemos a una clara decisión respecto a este asunto, y la prueba real de fidelidad a él puede ser el grado al que podemos actuar caritativamente hacia los que con buena conciencia y plena creencia en la Palabra de Dios sostienen una posición diferente en esta materia. Ambos conceptos son posibles, pero ninguno me parece enteramente cierto por ahora. Dada esta situación, sería mejor (1) aceptar que Dios tal vez no nos permita hallar una solución clara a este asunto antes de que Cristo vuelva, y (2) animar a los científicos evangélicos y teólogos que favorecen tanto el concepto de la tierra joven como el de la tierra vieja que empiecen a trabajar juntos con mucho menos arrogancia, mucha más humildad y un mayor sentido de cooperación en un propósito común mucho mayor.

F. Aplicación

La doctrina de la creación tiene muchas aplicaciones para los cristianos de hoy. Nos hace darnos cuenta de que el universo material es bueno en sí mismo, porque Dios lo creó bueno y quiere que lo usemos de maneras que le agraden a él. Por consiguiente, debemos procurar ser como los primeros cristianos, que «partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad» (Hch 2:46), siempre dando gracias a Dios y confiando en sus provisiones. Una apreciación saludable de la creación nos guardará de un falso ascetismo que niegue la bondad de la creación y las bendiciones que nos vienen mediante ella. También animará a algunos cristianos a hacer investigación científica y tecnológica para descubrir más de la bondad de la abundante creación de Dios, o para respaldar tal investigación. La doctrina de la creación también nos capacitará para reconocer mejor que el estudio científico y tecnológico en sí mismo glorifica a Dios, porque nos capacita para descubrir lo increíblemente sabio, poderoso y hábil que fue Dios al crear. «Grandes son las obras del SEÑOR; estudiadas por los que en ellas se deleitan» (Sal 111:2).

La doctrina de la creación también nos recuerda que Dios es soberano sobre el universo que él creó. Él lo hizo todo y es Señor de todo. A él le debemos todo lo que somos y tenemos,

y podemos tener plena confianza en que al final él derrotará a todos sus enemigos y se manifestará como Rey soberano para que se le adore por siempre. Además, el increíble tamaño del universo y la asombrosa complejidad de toda cosa creada nos atraerán, si nuestros corazones están como es debido, continuamente preparados a adorarle y alabarlo por su grandeza.

Finalmente, como ya se indicó arriba, podemos de todo corazón disfrutar de actividades creadoras (artísticas, musicales, atléticas, domésticas, literarias, etc.) con una actitud de acción de gracias porque nuestro Dios Creador nos capacita para imitarle en nuestra creatividad.

II. PREGUNTAS DE REPASO

1. Defina la doctrina de la creación.

La doctrina de la creación enseña que Dios creó el universo de la nada (ex nihilo) y que todo lo que existe depende de Él. Dios creó todas las cosas por su poder y para su gloria.

2. ¿Cómo da la Biblia significación especial a la creación del hombre?

La Biblia enseña que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26-27). Esto le da una dignidad especial y una responsabilidad única de gobernar y cuidar la creación.

3. Diferencia entre la enseñanza bíblica y estas filosofías

- **Materialismo:** afirma que solo existe la materia. La Biblia enseña que Dios creó la materia y está por encima de ella.
 - **Panteísmo:** enseña que Dios es todo y todo es Dios. La Biblia dice que Dios es distinto de su creación.
 - **Dualismo:** sostiene que el bien y el mal son fuerzas eternas opuestas. La Biblia enseña que solo Dios es eterno y el mal es resultado del pecado.
 - **Deísmo:** dice que Dios creó el mundo pero ya no interviene. La Biblia enseña que Dios sigue activo y gobierna su creación.
-

4. ¿Por qué creó Dios el universo? ¿Fue necesario?

Dios creó el universo para manifestar su gloria y bondad. No fue necesario; Dios lo hizo libremente por su voluntad y propósito.

5. ¿Por qué la evolución teísta no concuerda con la Biblia?

Porque enseña que Dios usó procesos evolutivos y muerte durante millones de años para crear al hombre, mientras que la Biblia enseña una creación directa de Dios y que la muerte entró al mundo después del pecado.

6. Cuatro argumentos científicos contra la evolución

1. Complejidad irreducible en sistemas biológicos.
 2. Falta de fósiles transicionales claros.
 3. Segunda ley de la termodinámica (tendencia al desorden).
 4. Información compleja del ADN que sugiere diseño inteligente.
-

Preguntas para la Aplicación Personal

1. ¿Cómo ser más agradecido por la creación?

Podemos agradecer a Dios por la naturaleza, la comida, el aire, los paisajes y la vida. También siendo buenos mayordomos, cuidando el ambiente y usando responsablemente los recursos.

2. ¿Disfrutar la variedad de alimentos?

Sí. La variedad de alimentos muestra la bondad y creatividad de Dios. Podemos enseñar a los niños a dar gracias a Dios por cada comida y por la diversidad de lo que creó.

3. ¿Cómo sería creer que no hay Dios?

La vida parecería sin propósito ni esperanza final. El bien y el mal serían relativos y el futuro incierto. La fe cristiana da propósito, dignidad y esperanza eterna.

4. ¿Por qué sentimos alegría al desarrollar la creación?

Porque fuimos creados para administrar la tierra (Génesis 1:28). Debemos sentir gozo, pero también gratitud, humildad y responsabilidad hacia Dios.

5. Pensar en las estrellas y el universo

Nos hace sentir pequeños pero también maravillados de que Dios se interese por nosotros. Un cristiano ve la gloria de Dios, mientras que alguien sin fe puede sentir solo insignificancia o vacío.

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

ascetismo
creación
creación *ex-nihilo*
deísmo
diseño inteligente

materialismo
microevolución
mutación al azar
panteísmo
selección natural

dualismo

teoría de la tierra joven

evolución teísta

teoría de la tierra vieja

inmanente

tipos transitorios

macroevolución

trascendente

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

NEHEMÍAS 9:6

¡Sólo tú eres el SEÑOR! Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas. Tú le das vida a todo lo creado: la tierra y el mar con todo lo que hay en ellos. ¡Por eso te adoran los ejércitos del cielo!

La providencia de Dios

-
- + *¿Hasta qué punto controla Dios su creación?*
 - + *Si Dios lo controla todo, ¿cómo pueden nuestras acciones tener verdadero significado?*
-

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Una vez que entendemos que Dios es el Creador todopoderoso (vea el cap. 7), parece razonable concluir que también lo preserva y lo gobierna todo en el universo. Aunque el término *providencia* no se halla en la Biblia, se usa para denotar la relación continua de Dios con su creación.

Podemos definir la providencia de Dios como sigue: *Dios continuamente participa con todas las cosas creadas y al hacerlo (1) las mantiene en existencia con las propiedades con que las creó; (2) coopera en todo con las cosas creadas, dirigiendo sus propiedades distintivas para hacerlas actuar como actúan; y (3) las dirige para que cumplan sus propósitos.*

Bajo la categoría general de providencia tenemos tres subtemas de acuerdo a los tres elementos de la definición antes dada: (1) preservación, (2) concurrencia y (3) gobierno. Examinaremos cada uno de estos subtemas separadamente y luego consideraremos diferentes conceptos y objeciones a la doctrina de la providencia. Hay que observar que esta es una doctrina en la que ha habido sustancial desacuerdo entre los cristianos desde los primeros días de la historia de la Iglesia, particularmente con respecto a la relación de Dios con las decisiones voluntarias de las criaturas morales. Presentaremos primero un resumen de la posición que favorece este libro de texto (que comúnmente se conoce como posición «reformada» o «calvinista»),¹⁶ y luego consideraremos los argumentos que se han hecho desde otra posición (la que comúnmente se conoce como posición

¹⁶ Aunque los filósofos pueden usar el término *determinismo* (o *determinismo suave*) para catalogar la posición por la que abogo en este capítulo, no lo uso porque puede ser fácilmente malentendido en la manera cotidiana de hablar: (1) Sugiere un sistema en el que las decisiones humanas no son reales y no hacen ninguna diferencia en el resultado de los eventos; y (2) sugiere un sistema en el que la causa última de los eventos es un universo mecanicista antes que un Dios sabio y personal. Es más, (3) permite demasiado y fácilmente a los críticos agrupar la creencia bíblica con los sistemas deterministas no cristianos y diluir las distinciones entre ellos.

La creencia por la que abogo en este capítulo a veces se la llama «compatibilismo», porque sostiene que la soberanía divina absoluta es compatible con la significación humana y las decisiones humanas reales. No tengo objeción para los matices de este término, pero he decidido no usarlo porque (1) quiero evitar la proliferación de términos técnicos al estudiar teología, y (2) parece preferible simplemente llamar mi posición una creencia tradicional reformada de la providencia de Dios y por consiguiente colocarme yo mismo dentro de una tradición teológica ampliamente entendida.

«arminiana»).

142

A. Preservación

Dios mantiene en existencia todas las cosas creadas y las propiedades con que las creó.

Hebreos 1:3 nos dice que Cristo es «el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (He 1:3). La palabra griega que se traduce «sostiene» es *fero*, «llevar, cargar». Se aplica comúnmente en el Nuevo Testamento para referirse al acto de llevar algo en peso de un lugar a otro, como se lleva a un paralítico en una camilla a Jesús (Lc 5:18), como se lleva vino al director de la fiesta (Jn 2:8), o se le lleva un sobretodo o libros a Pablo (2 Ti 4:13). No significa simplemente «sustentar», sino que tiene el sentido de control activo e intencionado de lo que se lleva de un lugar a otro. En Hebreos 1:3 el uso del participio presente indica que Jesús está *continuamente* sosteniendo todas las cosas en el universo mediante su palabra poderosa.

Similarmente, en Colosenses 1:17 Pablo dice de Cristo «que por medio de él [todas las cosas] forman un todo coherente». La expresión «todo» se refiere a toda cosa creada en el universo (véase v. 16), y el versículo afirma que Cristo mantiene en existencia todas las cosas: en él estas continúan existiendo, o «subsisten» (RVR). Ambos versículos indican que si Cristo dejara de realizar su actividad continua de sostener todas las cosas en el universo, todo excepto el Dios trino dejaría al instante de existir. Pablo también afirma esta enseñanza cuando dice «que en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17:28), y lo mismo Esdras: «¡Sólo tú eres el SEÑOR! Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas. *Tú le das vida a todo lo creado*: la tierra y el mar con todo lo que hay en ellos. ¡Por eso te adoran los ejércitos del cielo!» (Neh 9:6).

Dios, al preservar todas las cosas que hizo también les mantiene las propiedades con que las creó. Dios preserva el agua de tal manera que continúa actuando como agua. Hace que la hierba siga actuando como hierba, con todas sus características distintivas. Hace que el papel en que escribo esta oración siga actuando como papel, de modo que no se disuelva y se convierta en agua y corra como el agua, o se convierta en un ser viviente y empiece a crecer. Mientras no actúe sobre él alguna otra parte de la creación y por consiguiente cambien sus propiedades (por ejemplo, si se quema con fuego y se vuelve cenizas), este papel seguirá siendo papel en tanto y en cuanto Dios preserve la tierra y la creación que él hizo.

La providencia de Dios provee base para la ciencia: Dios hizo y continúa sosteniendo un universo que actúa de maneras predecibles. Si un experimento científico da un cierto resultado

Una excelente defensa reciente del tipo de teología reformada que presento en este capítulo (y en el resto de este libro) se halla en Thomas Schreiner and Bruce Ware, eds., *The Grace of God, the Bondage of the Will: Biblical and Practical Perspectives on Calvinism*, 2 vols., Baker, Grand Rapids, 1995.

hoy, podemos confiar en que (si todos los factores son los mismos) arrojará el mismo resultado mañana y cien años después de mañana. La doctrina de la providencia también sirve de cimiento para la tecnología: Puedo tener la confianza de que la gasolina hará que mi coche funcione tal como lo hizo ayer, no simplemente porque siempre ha funcionado de esa manera, sino porque la providencia de Dios sostiene un universo en el que las cosas creadas mantienen las propiedades con que las creó.

B. Concurrencia

Dios coopera con las cosas creadas en toda acción, dirigiendo sus propiedades distintivas para hacer que actúen como actúan.

Este segundo aspecto de la providencia, *concurrencia*, es una expresión de la idea contenida en el primer aspecto, *preservación*. En efecto, algunos teólogos (tales como Juan Calvino) tratan el hecho de la concurrencia bajo la categoría de preservación, pero es útil tratarla como una categoría distinta.

En Efesios 1:11 Pablo dice que Dios «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad». La palabra que se traduce «hace» (gr. *energeo*) indica que Dios «obra» o «hace que resulten» *todas las cosas* según su voluntad. Ningún acontecimiento en la creación cae fuera de su providencia. Por supuesto, este hecho está oculto a nuestros ojos a menos que lo leamos en la Biblia. Como la preservación, la obra de concurrencia de Dios no es claramente evidente a partir de la observación del mundo natural que nos rodea.

Para dar prueba bíblica de la concurrencia empezaremos con la creación inanimada, luego pasaremos a los animales, y finalmente a diferentes clases de acontecimientos en la vida de los seres humanos.

1. Creación inanimada. Hay muchas cosas en la creación de las que pensamos que son sucesos meramente «naturales». Sin embargo la Biblia dice que Dios las hace suceder. Leemos que «el relámpago y el granizo, la nieve y la neblina, el viento tempestuoso que cumple su mandato» (Sal 148:8). Similarmente:

A la *nieve* le ordena: «¡Cae sobre la tierra!», y a la *lluvia*: «¡Muestra tu poder!» ...

Hace que todo el mundo se encierre, para que todos reconozcan sus obras.

Por el aliento de Dios se forma el *hielo* y se congelan las masas de agua.

Con agua de lluvia carga las nubes, y lanza sus *relámpagos* desde ellas;

y éstas van de un lado a otro, por toda la faz de la tierra, dispuestas a cumplir sus mandatos.

Por su bondad, hace que vengan las nubes, ya sea para castigar o para bendecir.

(Job 37:6-13; cf. afirmaciones similares en 38:22-30)

Dios también hace que la hierba crezca: «*Haces que crezca la hierba* para el ganado, y las plantas que la gente cultiva para sacar de la tierra su alimento» (Sal 104:14). Dios dirige las estrellas de los cielos, y le pregunta a Job: «¿Puedes hacer que las constelaciones salgan a tiempo? ¿Puedes guiar a la Osa Mayor y a la Menor?» (Job 38:32; el v. 31 se refiere a las constelaciones Pléyades y Orión). Es más, Dios continuamente dirige la llegada de la aurora

(Job 38:12), hecho que Jesús afirmó cuando dijo que Dios «*hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos*» (Mt 5:45).

2. Animales. La Biblia afirma que Dios da de comer a los animales salvajes del campo, porque,

Todos ellos esperan de ti que a su tiempo
les des su alimento.
Tú les das, y ellos recogen; abres la mano, y
se colman de bienes.
Si escondes tu rostro, se aterran; si les quitas el aliento,
mueren y vuelven al polvo.

(Sal 104:27-29; cf. Job 38:39-41)

Jesús también afirmó esto cuando dijo: «Fíjense en *las aves* del cielo ... el Padre celestial *las alimenta*» (Mt 6:26). También dijo que ni un solo gorrión «caerá a tierra sin que lo permita el Padre» (Mt 10:29).

3. Acontecimientos al parecer «al azar» o «casuales». Desde una perspectiva humana, echar la suerte (o su equivalente moderno de lanzar los dados) es el más típico de los acontecimientos al azar que ocurren en el universo. Pero la Biblia afirma que el resultado de tal suceso es de Dios: «Las suertes se echan sobre la mesa, pero el veredicto proviene del SEÑOR» (Pr 16:33).

4. Acontecimientos plenamente causados por Dios y plenamente causados también por la criatura. Para cualquiera de los acontecimientos mencionados (lluvia y nieve, crecimiento de la hierba, sol y estrellas, alimentación de los animales o echar suertes), podríamos (por lo menos en teoría) dar una explicación «natural» completamente satisfactoria. Un botanista podría dar con detalles los factores que hacen que la hierba crezca, y un meteorólogo puede dar una explicación completa de los factores que causan la lluvia (humedad, temperatura, presión atmosférica, etc.). Sin embargo, la Biblia dice que *Dios* es quien hacer crecer la hierba, y que es *Dios* quien hace que la lluvia caiga.

Esto nos muestra que es incorrecto razonar que si sabemos la causa «natural» de algo de este mundo, Dios no lo causó. Tampoco es correcto pensar que los acontecimientos son parcialmente causados por Dios y parcialmente por factores del mundo creado. Si ese fuera el caso, siempre estaríamos buscando algún pequeño rasgo de un suceso que no pudiéramos explicar y atribuir eso (digamos el uno por ciento de la causa) a Dios. Más bien, estos pasajes afirman que tales acontecimientos los causa Dios por entero. Sin embargo, sabemos que (en otro sentido) son causados enteramente por factores de la creación.

La doctrina de la concurrencia afirma que Dios *dirige y obra por medio* de las propiedades particulares de cada cosa creada, de modo que esas cosas por sí mismas producen los resultados que vemos. De esta manera es posible afirmar que en cierto sentido Dios plenamente causa los acontecimientos (ciento por ciento) y plenamente (ciento por ciento) causados también por la criatura. Sin embargo, las causas divinas y de la criatura funcionan de maneras diferentes. La causa divina de cada acontecimiento actúa como una causa directriz invisible, detrás de bastidores, y por consiguiente se puede decir que es la «causa primaria» que planea e inicia todo lo que sucede. Pero lo creado produce acciones de maneras acordes con sus propiedades, maneras que a menudo se pueden discernir mediante la observación. A estos

factores y propiedades de la criatura se les puede llamar causas «secundarias» de todo lo que sucede, aunque son las causas más evidentes para nosotros.

5. *Los asuntos de las naciones.* La Biblia también habla del control providencial de Dios de los asuntos humanos. Leemos que Dios «Engrandece o destruye a las naciones; las hace prosperar o las dispersa» (Job 12:23). «Porque del SEÑOR es el reino; él gobierna sobre las naciones» (Sal 22:28). Él ha determinado el tiempo de existencia y el lugar de toda nación sobre la tierra, porque Pablo dice: «De un solo hombre hizo todas las naciones para que habitaran toda la tierra; y determinó los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios» (Hch 17:26, cf. Hch 14:16).

6. *Todos los aspectos de nuestras vidas.* Es asombroso ver hasta qué alcance afirma la Biblia que Dios hace que sucedan varios acontecimientos en nuestras vidas. Por ejemplo, nuestra dependencia de Dios en cuanto al alimento cotidiano, y esto se reitera cada vez que oramos: «Danos hoy nuestro pan cotidiano» (Mt 6:11), aunque trabajamos para conseguir nuestro alimento y (hasta donde puede discernir el ojo humano) lo obtenemos mediante causas enteramente «naturales». Similarmente Pablo, mirando a los acontecimientos con los ojos de la fe, afirma que «mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten» sus hijos (Fil 4:19), aunque Dios puede usar medios «ordinarios» (tales como otras personas) para hacerlo.

Dios planea nuestros días antes de que nazcamos, porque David afirma: «Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos» (Sal 139:16). Y Job dice que: «Los días del hombre ya están determinados; tú has decretado los meses de su vida; le has puesto límites que no puede rebasar» (Job 14:5). Esto se puede ver en la vida de Pablo, quien dice: «Dios me había apartado desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia» (Gal 1:15), y de Jeremías, a quien Dios le dice: «Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones» (Jer. 1:5).

Todas nuestras acciones están bajo el cuidado providencial de Dios, «puesto que en él vivimos, *nos movemos* y existimos» (Hch 17:28). Los pasos individuales que damos todos los días están dirigidos por el SEÑOR. Jeremías confiesa: «SEÑOR, yo sé que el hombre no es dueño de su destino, que no le es dado al caminante dirigir sus propios pasos» (Jer 10:23). Leemos que: «Los pasos del hombre los dirige el SEÑOR» (Pr 10:24), y «El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el SEÑOR» (Pr 16:9). El éxito y el fracaso vienen de Dios, porque leemos: «La exaltación no viene del oriente, ni del occidente ni del sur, sino que es Dios el que juzga: a unos humilla y a otros exalta» (Sal 75:6-7). Incluso todos nuestros talentos y capacidades son del Señor por lo que Pablo puede preguntar a los corintios: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?» (1 Co 4:7).

Dios influye en los deseos y decisiones de las personas, porque «contempla desde su trono a todos los habitantes de la tierra», y «Él es quien formó el corazón de todos» (Sal 33:14-15). Cuando nos damos cuenta de que en la Biblia el corazón es la sede de nuestros pensamientos y deseos más íntimos, este es un pasaje significativo. Sí, sabemos que tomamos decisiones voluntarias, pero ¿quién formó nuestra voluntad para que tomemos esas decisiones? Dios «formó el corazón» de «todos los habitantes de la tierra». Dios guía especialmente los deseos e inclinaciones de los creyentes, obrando en nosotros «tanto el *querer* como el *hacer* para que se cumpla su buena voluntad» (Fil 2:13).

Todos estos pasajes, que nos hablan en términos generales en cuanto a la obra de Dios en la vida de todas las personas y nos dan ejemplos específicos de la obra de Dios en la vida de los individuos, nos llevan a concluir que la obra providencial de concurrencia de Dios se

extiende a todos los aspectos de nuestras vidas. Nuestras palabras, nuestros pasos, nuestros movimientos, nuestros corazones y nuestras capacidades vienen del Señor.

Pero debemos guardarnos de un malentendido. Aquí también, como con la creación más inferior, la dirección providencial de Dios como «causa primaria» invisible y detrás de bastidores no nos debe llevar a negar la realidad de nuestras decisiones y acciones. Una vez tras otra la Biblia afirma que nosotros *hacemos* que sucedan los acontecimientos. Somos significativos y somos responsables. Tomamos decisiones, y son decisiones reales que producen resultados reales. Así como Dios ha creado cosas en la naturaleza con ciertas propiedades (p. ej., las piedras son duras, el agua moja), Dios nos ha hecho de una manera tan maravillosa que nos ha dotado con la capacidad de tomar decisiones.

Una manera de aclarar el sentido de estos pasajes sobre la concurrencia de Dios es decir que si nuestras decisiones son reales, Dios no las puede causar (véase más adelante más explicación sobre este punto de vista). Pero el número de pasajes que afirman este control providencial de Dios es tan considerable, y las dificultades que surgen al darles alguna otra interpretación son tan formidables, que no me parece que ese pueda ser un método apropiado de abordarlos. Parece mejor decir sencillamente que Dios hace que sucedan todas las cosas que suceden, pero que lo hace de tal manera que de cierta manera mantiene nuestra capacidad de tomar *decisiones responsables y voluntarias*, decisiones que tienen *resultados reales y eternos*, y por las que se nos *considera responsables*. Exactamente cómo combina Dios su control providencial con nuestras decisiones voluntarias y significativas, la Biblia simplemente no nos lo explica. Pero antes que negar uno u otro aspecto (simplemente porque no podemos explicar cómo puede esto ser cierto), debemos aceptar ambas cosas en un intento por ser fieles a las enseñanzas de las Escrituras como un todo.

7. ¿Qué en cuanto al mal? Si Dios en verdad es la causa, mediante su actividad providencial, de todo lo que sucede en el mundo, surge la pregunta: «¿Cuál es la relación entre Dios y el mal en el mundo?» ¿Es en realidad Dios la causa de las acciones malas que hace la gente? Si es así, ¿no es Dios culpable del pecado?

Al abordar esta cuestión es mejor primero leer los pasajes bíblicos que tratan más directamente el asunto. Podemos empezar mirando varios pasajes que afirman que Dios hizo, ciertamente, que sucedieran algunos acontecimientos malos y que se hicieran obras malas. Pero debemos recordar que en todos estos pasajes es muy claro que la Biblia en ninguna parte muestra a Dios *directamente haciendo algo malo*, sino más bien haciendo que se hagan obras malas mediante la acción voluntaria de criaturas morales. Es más, la Biblia nunca le echa la culpa a Dios del mal ni muestra a Dios complaciéndose en el mal, y la Biblia nunca excusa a los seres humanos por el mal que hacen. Como quiera que entendamos la relación de Dios con el mal, nunca debemos llegar al punto de pensar que no somos responsables del mal que hacemos, que Dios se complace en el mal ni que hay que echarle a él la culpa. Tal conclusión es claramente contraria a la Biblia.

Un ejemplo muy claro se halla en la historia de José. La Biblia dice claramente que los hermanos de José sentían celos malsanos contra él (Gn 37:11), le aborrecían (Gn 37:4,5,8), querían matarlo (Gn 37:20), y que cometieron una maldad al echarle en la cisterna (Gn 37:24) y al venderlo como esclavo para que se lo llevaran a Egipto (Gn 37:28). Sin embargo, más tarde José pudo decirles a sus hermanos: «*Fue Dios quien me mandó delante de ustedes para salvar vidas*» (Gn 45:5), y de nuevo «*ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente*» (Gn 50:20). Aquí tenemos una combinación de obras de maldad hechas por hombres pecadores a los que correctamente se considera responsables de su pecado, y el control providencial superior de Dios por el que se logran los propósitos de Dios. Ambas cosas se expresan claramente.

La historia del éxodo de Egipto repetidamente afirma que Dios endureció el corazón del faraón. Dios dijo: «Yo, por mi parte, endureceré su corazón» (Éx 4:21), «Voy a endurecer el corazón del faraón» (Éx 7:3, repetido en 14:4), «el SEÑOR endureció el corazón del faraón» (Éx 9:12, repetido en 14:8), y «el SEÑOR endureció el corazón del faraón» (Éx 10:20, repetido en 10:27, y de nuevo en 11:10). A veces se objeta que la Biblia también dice que el faraón endureció su propio corazón (Éx 8:15,32; 9:34) y que el acto de Dios al endurecer el corazón del faraón fue sólo en respuesta a la rebelión inicial y dureza de corazón que el mismo faraón mostró de su propio libre albedrío. Pero hay que notar que las promesas de Dios de endurecer el corazón del faraón (Éx 4:21; 7:3) las hace mucho antes de que la Biblia nos diga que el faraón endureció su corazón (leemos esto por primera vez en Éx 8:15). Es más, nuestro análisis de la concurrencia que acabamos de dar, en la que agentes divinos y humanos pueden hacer que algo suceda, debería mostrarnos que ambos factores pueden manifestarse al mismo tiempo. Aun cuando el faraón endurece su corazón, no es incoherente decir que Dios hizo que el faraón se endureciera, y por consiguiente Dios está endureciendo el corazón del faraón. Finalmente, si alguno objetara que Dios está simplemente intensificando los deseos y decisiones perversos que ya estaban en el corazón del faraón, esta clase de acción podría todavía, por lo menos en teoría, aplicarse a todo el mal que hay en el mundo actual, puesto que todas las personas tienen deseos malos todavía en sus corazones y todas las personas en verdad toman decisiones de maldad.

¿Cuál es el propósito de Dios en todo esto? Pablo reflexiona sobre Éxodo 9:16 y dice: «La Escritura le dice al faraón: “Te he levantado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra”» (Ro 9:17). Luego Pablo infiere una verdad general partiendo de este ejemplo específico: «Así que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer» (Ro 9:18). De hecho, Dios también endureció el corazón de los egipcios para que persiguieran a Israel hasta el Mar Rojo: «Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios, para que los persigan. ¡Voy a cubrirme de gloria a costa del faraón y de su ejército, y de sus carros y jinetes!» (Éx 14:17). Este tema se repite en el Salmo 105:25: «a quienes trastornó para que odiaran a su pueblo».

En la historia de Job, aunque el Señor le dio a Satanás permiso para que hiciera daño a las posesiones de Job y a sus hijos, y aunque este daño vino mediante las acciones malvadas de los sabeos y caldeos, así como mediante el huracán (Job 1:12,15,17,19), Job miró más allá de esas causas secundarias y, con ojos de fe, vio que todo venía de la mano del Señor. «El SEÑOR ha dado; el SEÑOR ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del SEÑOR!» (Job 1:21). El autor del Antiguo Testamento sigue la afirmación de Job de inmediato con la frase: «A pesar de todo esto, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios» (Job 1:22). Job acababa de recibir las noticias de que bandas merodeadoras perversas habían destruido sus rebaños y hatos, y sin embargo con gran fe y paciencia en la adversidad, dice: «El SEÑOR ha quitado». Sin embargo, Job no le echa a Dios la culpa del mal ni dice que Dios haya hecho mal; dice: «Bendito sea el nombre del SEÑOR». *Echarle la culpa* a Dios por el mal que había producido mediante agentes secundarios habría sido pecado. Job no hace eso, la Biblia tampoco lo hace, ni debemos hacerlo nosotros.

Se podrían dar múltiples ejemplos similares. En muchos de esos pasajes, Dios envía mal y destrucción sobre las personas en castigo por sus pecados. Ellos han sido desobedientes o se han desviado a la idolatría, y el Señor usa a los seres humanos malos o fuerzas demoníacas, o desastres «naturales» para castigarlos. (No siempre se dice que este es el caso; José y Job, por ejemplo, sufrieron pero no debido a su propio pecado, pero a menudo es así.) Tal vez esta idea de castigo por el pecado nos puede ayudar a entender, por lo menos en parte, cómo Dios puede con justicia hacer que sucedan acontecimientos de maldad. Todos los seres humanos son pecadores, porque la Biblia nos dice que «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Ro 3:23). Ninguno de nosotros merece el favor de Dios o su misericordia, sino sólo

condenación eterna. Por consiguiente, cuando Dios envía mal sobre los seres humanos, sea para disciplinar a sus hijos, para conducir a los incrédulos al arrepentimiento o para enviar castigo y destrucción sobre pecadores endurecidos, ninguno de nosotros puede acusar a Dios de haber hecho mal. A fin de cuentas, todo obrará conforme a los buenos propósitos de Dios para su gloria y para el bien de su pueblo. Sin embargo, debemos darnos cuenta de que al castigar el mal en los que no son redimidos (tales como el faraón, los cananitas, y los babilonios), Dios también se glorifica mediante la demostración de su justicia, santidad y poder (vea Éx 9:16; Ro 9:14-24).

La obra más perversa de toda la historia, la crucifixión de Cristo, Dios la ordenó, y no sólo el hecho de que ocurriría, sino también las acciones individuales conectadas con ella. La iglesia de Jerusalén reconoció esto, porque oraron: «En efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste para *hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera*» (Hch 4:27-28). Las acciones de todos los participantes en la crucifixión de Jesús habían sido «predestinadas» por Dios. Sin embargo, los apóstoles no le echan ninguna culpa moral a Dios, porque las cosas que hicieron resultaron de las decisiones voluntarias de hombres pecadores. Pedro deja bien claro esto en su sermón en Pentecostés: «Éste fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios; y *por medio de gente malvada, ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz*» (Hch 2:23). En una sola oración Pedro liga el plan y preconocimiento de Dios con la culpa moral que asigna a las acciones de «hombres pecadores». Dios no los forzó a actuar contra sus voluntades; más bien, Dios hizo que se realizara su plan *mediante las decisiones voluntarias de ellos*, de las que ellos, fuera como fuera, eran responsables.

8. Análisis de versículos que relacionan a Dios y el mal. Después de mirar tantos versículos que hablan del uso providencial que Dios hace de la maldad de hombres y demonios, ¿qué podemos decir a manera de análisis?

a. *Dios usa todas las cosas para cumplir sus propósitos e incluso usa el mal para su gloria y para nuestro bien.* Por eso, cuando el mal viene a nuestra vida para atormentarnos, podemos tener de la doctrina de la providencia una seguridad más profunda de «que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Ro 8:28). Esta clase de convicción permitió a José decirle a sus hermanos: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero *Dios transformó ese mal en bien* para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente» (Gn 50:20).

Nosotros también podemos darnos cuenta, con temblor, que Dios se glorifica incluso al castigar el mal. La Biblia nos dice que: «Toda obra del SEÑOR tiene un propósito; ¡hasta el malvado fue hecho para el día del desastre!» (Pr 16:4). Similarmente, el salmista afirma: «La furia de Edom se vuelve tu alabanza» (Sal 76:10). Y el caso del faraón (Ro 9:14-24) es un claro ejemplo de la manera en que Dios usa el mal para su propia gloria y para el bien de su pueblo.

b. *Sin embargo, Dios nunca hace el mal y tampoco hay que echarle la culpa del mal.* En una afirmación similar a las citadas arriba de Hechos 2:23 y 4:27-28, Jesús también combina la predestinación de Dios de la crucifixión con la culpa moral de los que la llevaron a cabo: «A la verdad el Hijo del hombre se irá según está decretado, pero ¡ay de aquel que lo traiciona!» (Lc 22:22; cf. Mt 26:24; Mr 14:21). Y en una afirmación más general sobre el pecado en el mundo, Jesús dice: «¡Ay del mundo por las cosas que hacen pecar a la gente! Inevitable es que sucedan, pero ¡ay del que hace pecar a los demás!» (Mt 18:7).

Santiago habla de manera similar al advertirnos que no le echemos la culpa a Dios por el mal que hacemos, al decir: «Que nadie, al ser tentado, diga: “Es Dios quien me tienta”. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen» (Stg 1:13-14). El versículo no dice que Dios jamás causa el mal; afirma que no debemos pensar que Dios es el agente personal que nos está tentando ni que es el que nos pone la tentación. Nunca podemos culpar a Dios de la tentación, ni pensar que nos aprobará si cedemos a ella. Debemos resistir al mal y siempre culparnos a nosotros mismos o a otros que nos tientan, pero nunca debemos culpar a Dios.

Estos versículos dejan en claro que «las causas secundarias» (seres humanos, ángeles y demonios) son reales y que los seres humanos en efecto hacen el mal y son responsables por ese mal. Aunque Dios ordenó que tuviera lugar, tanto en términos generales como en los detalles específicos, *Dios está lejos de hacer el mal*, y el hecho de que lo haga suceder mediante «causas secundarias» no impugna su santidad ni lo hace digno de que se le eche la culpa.

Debemos notar que las alternativas para decir que Dios usa el mal para sus propósitos, pero que nunca hace el mal ni tampoco hay que echarle la culpa del mal, no son deseables. Si dijéramos que Dios mismo hace el mal, tendríamos que concluir que no es un Dios bueno y justo, y por consiguiente no es cierto que es Dios. Por otro lado, si mantenemos que Dios no usa el mal para cumplir sus propósitos, tendríamos que reconocer que hay mal en el universo que Dios no propuso, que no está bajo su control, y que tal vez no logre cumplir sus propósitos. Esto nos haría muy difícil afirmar que «todas las cosas» obran para bien para los que aman a Dios y son llamados según su propósito (Ro 8:28). Si el mal llegó al mundo a pesar del hecho de que Dios no lo propuso y no lo quería aquí, ¿qué garantía tenemos de que no habrá cada vez más mal que él no propone y que no quiere? Y, ¿qué garantía tenemos de que podrá usarlo para sus propósitos, o incluso de que podrá triunfar sobre ese mal? Con certeza esta es una posición alterna indeseable.

c. *Dios rectamente culpa y juzga a las criaturas morales por el mal que hacen.* Muchos pasajes bíblicos afirman esto. Uno se halla en Isaías:

Ellos *han escogido* sus propios caminos, y
se deleitan en sus abominaciones.

Pues yo también escogeré aflicciones para ellos y
enviaré sobre ellos lo que tanto temen.

Porque nadie respondió cuando llamé;
cuando hablé, nadie escuchó.

Más bien, hicieron lo malo ante mis ojos y *optaron* por
lo que no me agrada. (Is 66:3-4)

Similarmente leemos: «Dios hizo perfecto al género humano, pero éste se ha buscado demasiadas complicaciones» (Ec 7:29). *La culpa del mal siempre recae en la criatura responsable*, sea hombre o demonio, y *la criatura que hace el mal siempre merece castigo*. La Biblia continuamente afirma que Dios es recto y justo para castigarnos por nuestros pecados. Si objetamos que no debería echarnos la culpa porque nosotros no podemos resistir su voluntad, debemos meditar en la propia respuesta del apóstol Pablo a este asunto: «Pero tú me dirás: “Entonces, ¿por qué todavía nos echa la culpa Dios? ¿Quién puede oponerse a su voluntad?” Respondo: ¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: “¿Por qué me hiciste así?”» (Ro 9:19-20). En todo caso en donde

hacemos el mal, sabemos que *voluntariamente* escogemos hacerlo, y nos damos cuenta de que es justo que se nos culpe.

d. *El mal es algo real, no una ilusión, y no debemos nunca hacer el mal porque siempre nos hace daño a nosotros y a otros.* La Biblia enseña que nunca tenemos derecho a hacer el mal y que debemos oponernos a él persistentemente tanto en nosotros mismos como en el mundo. Debemos orar: «Libranos del mal» (Mt 6:13), y si vemos a alguno desviándose de la verdad y haciendo el mal, debemos intentar hacerle regresar. La Biblia dice: «Hermanos míos, si alguno de ustedes se extravía de la verdad, y otro lo hace volver a ella, recuerden que quien hace volver a un pecador de su extravío, lo salvará de la muerte y cubrirá muchísimos pecados» (Stg 5:19-20). Nunca debemos *desear* que se haga un mal, porque albergar deseos de pecado en nuestra mente es permitir que «hagan guerra» contra nuestras almas (1 P 2:11) y nos hagan daño espiritual.

Al pensar que Dios se vale del mal para cumplir sus propósitos, debemos recordar que hay cosas que está bien que Dios haga pero no está bien para que nosotros las hagamos. Por ejemplo, él exige que los demás le adoren, y acepta la adoración que le tributan. Él busca gloria para sí mismo. Él ejecutará su juicio final sobre los que hacen el mal. También usa el mal para producir buenos propósitos, pero no nos permite hacer eso. Calvino cita con aprobación una afirmación de Agustín: «Hay una gran diferencia entre lo que es apropiado que el hombre desee y lo que es apropiado que Dios desee. ... Porque por la voluntad mala de hombres perversos Dios cumple lo que él rectamente desea».¹⁷ Herman Bavinck usa la analogía del padre que usa por sí mismo un cuchillo muy afilado pero no permite que lo use su hijo, para mostrar que Dios usa el mal para que resulten sus buenos propósitos pero nunca les permite a sus hijos que lo hagan. Aunque debemos imitar el carácter moral de Dios de muchas maneras (cf. Ef 5:1), esta es una de las maneras en que no debemos imitarle.

e. *A pesar de todas las afirmaciones anteriores, debemos llegar al punto en que confesamos que no entendemos cómo es que Dios puede ordenar que realicemos obras malas, y sin embargo considerarnos culpables a nosotros y no a él.* Podemos afirmar que todas estas cosas son verdad, porque la Biblia las enseña. Pero la Biblia no nos dice exactamente *cómo* Dios hace que esta situación resulte en la práctica ni *cómo* puede ser que Dios nos culpe por lo que él ordena que suceda. Aquí las Escrituras guardan silencio, y tenemos que convenir con Berkhof que a fin de cuentas «el problema de la relación de Dios con el pecado sigue siendo un misterio».¹⁸

9. *¿Somos «libres»? ¿Tenemos «libre albedrío»?* Si Dios ejerce control providencial sobre todos los acontecimientos, ¿somos libres en algún sentido? La respuesta depende de lo que queramos decir con la palabra *libre*. A veces la gente discute interminablemente este asunto porque nunca definen claramente lo que ellos y sus opositores en el debate quieren decir por «libre», y la palabra entonces la usan de varias maneras que confunden el debate.

La libertad que a menudo dan por sentado los que niegan el control providencial de Dios sobre todas las cosas es una libertad que actúa fuera de la actividad sustentadora y controladora de Dios, una libertad que incluye poder tomar decisiones que no son causadas por nada externo a nosotros mismos. En ninguna parte la Biblia dice que somos libres en ese sentido. Esa clase de libertad sería imposible si Jesucristo en verdad continuamente «sostiene todas las cosas con

¹⁷ Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, Library of Christian Classics, ed. John T. McNeill, trad. F. L. Battles, 2 vols., Westminster, Philadelphia, 1960, 1:234 (1.18.3).

¹⁸ Louis Berkhof, *Introduction to Systematic Theology*, Eerdmans, Grand Rapids, 1932; reimpresión, Baker, Grand Rapids, 1979, p. 175.

su palabra poderosa» (He 1:3), y si Dios verdaderamente «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). Si esto es verdad, estar fuera de ese control providencial ¡simplemente sería no existir! Una «libertad» absoluta, totalmente libre del control de Dios, es totalmente imposible en un mundo providencialmente sostenido y dirigido por Dios mismo. Si eso es a lo que llaman «libre albedrío», no es el libre albedrío que la Biblia dice que tenemos.

Por otro lado, somos libres en el sentido más amplio que cualquiera de las criaturas de Dios lo sería; tomamos decisiones *propias*, decisiones que surten *efectos reales*. No sabemos de ninguna restricción que Dios imponga sobre nuestra voluntad cuando tomamos decisiones, y actuamos de acuerdo a nuestros propios deseos. En ese sentido, si encaja con el libre albedrío que la Biblia dice que tenemos. Está claro que debemos insistir en que tenemos el poder de tomar decisiones voluntarias y que nuestras decisiones tienen resultados reales en el universo, de otra manera caeríamos en el error del fatalismo o determinismo, y así concluiríamos que nuestras decisiones no importan y que en realidad no podemos tomar decisiones propias.

C. Gobierno

Hemos hablado de los dos primeros aspectos de la providencia, (1) preservación y (2) concurrencia. Este tercer aspecto de la providencia de Dios indica que *Dios tiene un propósito en todo lo que hace en el mundo y que providencialmente gobierna o dirige todas las cosas de modo que cumplan sus propósitos*. Leemos en los Salmos: «Su reinado domina sobre todos» (Sal 103:19). Es más, «Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos» (Dn 4:35). Pablo afirma que «todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él» (Ro 11:36). Es debido a que Pablo sabe que Dios es soberano sobre todo y obra sus propósitos en todo acontecimiento que sucede, que puede declarar que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Ro 8:28).

D. Importancia de nuestras acciones como humanos

A veces podemos olvidarnos de que Dios obra *mediante acciones humanas* en su administración providencial del mundo. Si lo olvidamos, empezamos a pensar que nuestras acciones o decisiones no importan o no tienen mucho efecto en el curso de los acontecimientos. Para guardarnos contra cualquier malentendido de la providencia de Dios, recalcamos los siguientes puntos:

1. Sea como sea, somos responsables de nuestras acciones. Dios nos ha hecho responsables de nuestras acciones, lo que tiene *resultados reales y eternamente significativos*. En todos sus actos providenciales, Dios preserva estas características de responsabilidad e importancia. Si hacemos el bien y obedecemos a Dios, nos recompensará, y las cosas irán bien para nosotros tanto en este tiempo como en la eternidad. Si hacemos el mal y desobedecemos a Dios, él nos disciplinará y tal vez nos castigará, y las cosas nos saldrán mal. Darnos cuenta de estos hechos nos ayudará a tener sabiduría al hablar con otros y animarlos a evitar la ociosidad y desobediencia.

2. Nuestras acciones tienen resultados reales y cambian el curso de los acontecimientos. En el funcionamiento ordinario del mundo, si descuido atender mi salud y tengo pésimos hábitos alimenticios, o si abuso de mi cuerpo mediante el alcohol o el cigarrillo, es probable que muera más pronto. Dios ha ordenado que nuestras *acciones* tengan consecuencias. Dios ha ordenado que los *acontecimientos* tengan lugar porque *nosotros los hacemos tener lugar*. Por supuesto, no sabemos lo que Dios ha planeado, ni siquiera por el resto de este día, por no decir nada de la próxima semana o el próximo año. Pero sí sabemos

que *si confiamos en Dios y le obedecemos*, descubriremos que él ha planeado que *buenas cosas* resulten de esa obediencia.

Esto debe animarnos no sólo a obedecer a Dios, sino también a ejercer sabiduría y precaución ordinaria en nuestra vida, dándonos cuenta que a menudo estos son los medios que Dios usa para producir ciertos resultados en nuestra vida. En contraste, si pensamos que ciertos peligros o acontecimientos malos pudieran suceder en el futuro, y si no usamos medios razonables para evitarlos, descubriremos que nuestra falta de acción fue el medio que Dios usó para permitir que eso sucediera.

3. *La oración es una clase específica de acción que tiene resultados definitivos y hace que cambie el curso de los acontecimientos.* Dios también ha ordenado que la oración sea un medio bien significativo de producir resultados en el mundo.¹⁹ Cuando intercedemos fervientemente por una persona o situación específica, a menudo hallamos que Dios ha ordenado que nuestra oración sea un *medio* que él usa para producir los cambios en el mundo. La Biblia nos recuerda esto cuando nos dice: «No tienen, porque no piden» (Stg 4:2). Jesús dice: «Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa» (Jn 16:24).

4. *En conclusión, ¡debemos actuar!* La doctrina de la providencia de ninguna manera nos anima a arrellanarnos en la ociosidad en espera del resultado de ciertos acontecimientos. Por supuesto, Dios puede indicarnos la necesidad de esperar en él antes de actuar y de confiar en él antes que en nuestras propias capacidades; lo que por cierto no es un error. Pero simplemente decir que estamos confiando en Dios *en lugar* de actuar responsablemente es pura holgazanería y una distorsión de la doctrina de la providencia.

En términos prácticos, si uno de mis hijos tiene una tarea escolar que tiene que entregar el día de mañana, tengo razón al hacerle que termine esa tarea antes de salir a jugar. Me doy cuenta de que su calificación está en las manos de Dios y que desde hace mucho Dios ha determinado cuál será esa calificación, pero yo no sé lo que será ni tampoco mi hijo. Lo que sí sé es que si mi hijo estudia y cumple fielmente sus deberes escolares, recibirá una buena calificación. Si no, no la recibirá. La doctrina de la providencia, por lo tanto, debe animarnos a combinar una confianza completa en el control soberano de Dios con el deber de percatarnos de que el uso de medios ordinarios es necesario para que las cosas resulten de la manera en que Dios ha planeado que resulten. Una creencia de corazón en la providencia de Dios no es un desaliento, sino un acicate a la acción.

5. *¿Qué si no podemos entender plenamente esta doctrina?* Todo creyente que medita en la providencia de Dios tarde o temprano llegará al punto en que tendrá que decir: «No puedo entender completamente esta doctrina». De alguna manera hay que decir eso respecto a toda doctrina, puesto que nuestro entendimiento es finito y Dios es infinito (vea el cap. 1, pp. 23-25). Pero particularmente esto es así con la doctrina de la providencia. Debido a que la Biblia la enseña, debemos creerla, aunque no entendamos por completo cómo encaja con las demás enseñanzas de la Biblia.

¹⁹ Vea en el cap. 9 una explicación más extensa de la oración.

E. Otra perspectiva evangélica: la posición arminiana

Hay otra posición alterna principal que muchos evangélicos sostienen, a la que por conveniencia llamaremos la posición «arminiana».²⁰ Los que sostienen una posición arminiana mantienen que para preservar la *libertad humana real y las decisiones humanas reales* que son necesarias para la personalidad humana genuina, Dios no puede causar ni planear nuestras decisiones voluntarias. Por consiguiente, concluyen que la intervención providencial de Dios en la historia o el control de ella no puede ser que incluya todo detalle específico de todo acontecimiento, sino que simplemente Dios más bien responde a las decisiones y acciones humanas según tienen lugar, y lo hace de tal manera que sus propósitos a la larga se cumplen en el mundo. Los proponentes arminianos también arguyen que los propósitos de Dios en el mundo son más generales y se pueden cumplir mediante muchas clases diferentes de acontecimientos específicos.

La posición arminiana se puede resumir en los siguientes cuatro puntos principales:

1. Los versículos citados como ejemplos del control providencial de Dios son excepciones y no describen la manera en que Dios ordinariamente obra en la actividad humana.
2. Los calvinistas erróneamente culpan a Dios del pecado.
3. Las decisiones que Dios ha impuesto no pueden ser decisiones verdaderas.
4. Los arminianos estimulan una vida cristiana responsable, en tanto que los calvinistas estimulan un fatalismo peligroso.

Estas objeciones ilustran las preocupaciones primarias comunes de los proponentes de la posición arminiana, que enfoca especialmente la preservación de la libertad humana y de la decisión humana.

F. Respuesta a la posición arminiana

Muchos del mundo evangélico hallan convincentes estos cuatro puntos arminianos. Opinan que estos argumentos representan lo que intuitivamente saben respecto a sí mismos, sus propias acciones, y la manera en que funciona el mundo, y estos argumentos explican mejor el repetido énfasis de la Biblia sobre nuestra responsabilidad y las consecuencias reales de nuestras decisiones. Sin embargo, hay algunas respuestas que se pueden dar a la posición arminiana.

1. ¿Son estos pasajes bíblicos ejemplos inusuales, o describen la manera en que Dios obra ordinariamente? En respuesta a la objeción de que los ejemplos del control providencial de Dios sólo se refieren a acontecimientos limitados o específicos se puede decir primero que los ejemplos son muy numerosos (vea las pp. 143-149), que parecen tener el propósito de describirnos las maneras en que Dios siempre obra. Es más, muchos de los versículos que hablan de la providencia de Dios son muy generales: Cristo siempre «sustenta *todas las cosas* con la palabra de su poder» (He 1:3, RVR), y Dios «hace *todas las cosas* conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). Tales pasajes bíblicos tienen en mente más que ejemplos excepcionales de una intervención inusual de Dios en los asuntos de los seres humanos; describen la manera en que Dios obra siempre en el mundo.

²⁰ Esta posición recibe su nombre por Jacobo Arminio (1560–1609), teólogo holandés que difería con el calvinismo predominante de su día, especialmente con respecto a la providencia de Dios en general (tema de este capítulo) y específicamente con respecto a la predestinación o elección (tema del cap. 18).

2. ***¿Culpa a Dios por el pecado la doctrina calvinista de la providencia de Dios?*** La contención arminiana de que Dios no es culpable del pecado y el mal *porque él no los ordenó ni los causa de ninguna manera* parece ser incapaz de explicar los muchos pasajes que dicen a las claras que Dios ordena que algunos pequen o hagan el mal (vea la sección B.7, pp. 147-149). Mientras que en el ámbito humano puede ser difícil reconciliar el que Dios ordene acontecimientos con acciones voluntarias de agentes morales personales, la Biblia repetidamente afirma que ambas cosas son ciertas. La posición arminiana parece no haber mostrado por qué Dios no puede obrar de esta manera en el mundo, preservando tanto su santidad como nuestra culpabilidad humana.

3. ***¿Pueden las decisiones que Dios ha impuesto ser decisiones verdaderas?*** En respuesta a la objeción de que las decisiones que Dios ha impuesto no pueden ser decisiones verdaderas, se debe decir que esa es simplemente una presuposición basada de nuevo en la experiencia e intuición humanas, no en pasajes bíblicos específicos. La Biblia repetidamente indica que Dios obra mediante nuestra voluntad, nuestro poder para escoger y nuestra volición, y siempre afirma que nuestras decisiones son decisiones genuinas, que tienen resultados *reales*, y que esos resultados duran por la eternidad. La contención de que tales decisiones no son reales parece poner una limitación a Dios basada solo en la experiencia humana finita. Después de todo, solo Dios determina lo que es significativo, lo que es real, y lo que es responsabilidad personal genuina en el universo.

4. ***¿Estimular la noción calvinista de la providencia a un fatalismo peligroso?*** La objeción de que una noción calvinista de la providencia estimula un fatalismo peligroso no entiende la doctrina reformada de la providencia, que enfatiza el control soberano de Dios y la necesidad de obediencia responsable. Cuando se sostiene como se debe esta doctrina, el fruto será una más amplia confianza en Dios en toda circunstancia, gratitud por todas las bendiciones de Dios, y paciencia en toda clase de adversidad. Tales son los beneficios de saber que nada cae fuera de los límites de los planes sabios y de amor de Dios.

5. ***Objeciones adicionales a la posición arminiana.*** Además de responder a las cuatro afirmaciones arminianas específicas mencionadas anteriormente, es necesario considerar algunas objeciones restantes.

a. *Según un punto de vista arminiano, ¿cómo puede Dios saber el futuro?* A esta objeción algunos arminianos responden que Dios no puede saber los detalles de las decisiones humanas futuras, mientras que otros dicen que Dios sabe el futuro porque puede ver el futuro, no porque haya planeado o impulsado lo que sucederá. La primera respuesta radicalmente cambia el concepto de la omnisciencia divina y parece que docenas de pasajes bíblicos lo niegan claramente. La segunda respuesta no deja libres nuestras decisiones de la manera en que los arminianos desean que sean libres. Si nuestras futuras decisiones son conocidas, están fijas y por consiguiente predeterminadas por algo, sea el destino o el inevitable mecanismo de causa y efecto del universo. Si están fijas, entonces no son «libres» (indeterminadas y no causadas) en el sentido arminiano.

b. *Según un punto de vista arminiano, ¿cómo puede existir el mal si Dios no lo quiere?* Si el mal sucede a pesar del hecho de que Dios no quiere que suceda, ¿dónde está la omnipotencia de Dios? Él quiso prevenir el mal, pero no pudo lograrlo. La respuesta arminiana común es decir que Dios *pudo* prevenir el mal, pero decidió *permitir la posibilidad* del mal a fin de garantizar que los ángeles y los seres humanos tuvieran la libertad necesaria para tomar

decisiones significativas. Pero esta no es una respuesta satisfactoria, porque si las decisiones deben incluir la posibilidad de decisiones de pecado a fin de ser reales, eso implicaría que Dios tendría eternamente que permitir la posibilidad de decisiones de pecado en el cielo (dando por sentado que tendremos decisiones genuinas en el cielo). Más problemático que esto, sin embargo, es la cuestión de las decisiones *de Dios*. O bien las decisiones de Dios no son reales, puesto que él no puede hacer el mal, o las decisiones de Dios son reales, y existe la posibilidad de que él pudiera algún día escoger hacer el mal. Ambas implicaciones son incorrectas, y por consiguiente proveen buena razón para rechazar la posición arminiana de que las decisiones reales deben dar lugar a la posibilidad de escoger el mal. Pero esto nos pone de regreso en la cuestión anterior, para la que no parece haber respuesta satisfactoria en la posición arminiana: ¿Cómo puede existir el mal si Dios no quería que existiera?

c. *Según un punto de vista arminiano, ¿cómo podemos saber que Dios triunfará sobre el mal?* Si todo el mal que hay ahora en el mundo llegó al mundo aunque Dios no lo quería, ¿cómo podemos estar seguros de que Dios al final triunfará sobre ese mal? Por supuesto, Dios dice en la Biblia que él triunfará sobre el mal. Pero si no pudo evitar que entrara en su universo y se metió contra su voluntad, y si no puede predecir el resultado de ningún acontecimiento futuro que incluya decisiones libres, ¿cómo podemos estar seguros de que la declaración de Dios de que triunfará sobre el mal es verdad en sí misma?

Estas dos últimas objeciones respecto al mal nos hacen darnos cuenta de que, si bien podemos tener dificultades en pensar en el punto de vista reformado de que el mal es ordenado por Dios y está completamente bajo el control de Dios, hay dificultades mucho más serias con la noción arminiana de que Dios no ordena el mal, o que Dios ni siquiera lo dispuso, y por consiguiente no hay seguridad de que esté bajo el control de Dios.

d. *La diferencia en las preguntas no contestadas.* Puesto que somos finitos en nuestro entendimiento, inevitablemente tendremos algunas preguntas sin respuestas en cuanto a toda doctrina bíblica. Sin embargo, en este asunto las preguntas que los calvinistas y arminianos deben dejar sin contestar son muy diferentes. Por un lado, los calvinistas deben decir que no saben la respuesta a las siguientes preguntas: (1) cómo puede Dios ordenar que hagamos el mal voluntariamente, y sin embargo que no se le eche a Dios la culpa por el mal, y (2) cómo Dios puede impulsarnos a que escojamos algo voluntariamente.

A ambas, los calvinistas dirían que la respuesta se halla en cierto modo en el concepto de la infinita grandeza de Dios, en el conocimiento del hecho de que podemos hacer mucho más de lo que jamás pensaríamos posible. Así que el efecto de estas preguntas sin respuestas es aumentar nuestro aprecio de la grandeza de Dios.

Por otro lado, los arminianos deben dejar sin respuesta preguntas respecto al conocimiento de Dios del futuro, tales como por qué permite el mal siendo que es contra su voluntad, y si triunfará sobre el mal. No resolver estas preguntas tiende a disminuir la grandeza de Dios: su omnisciencia, su omnipotencia y la absoluta confiabilidad de sus promesas para el futuro. Estas preguntas no contestadas tienden a exaltar la grandeza del hombre (su libertad para hacer lo que Dios no quiere) y el poder del mal (viene y se queda en el universo aunque Dios no lo quiere). Todavía más, al negar que Dios puede hacer criaturas que tengan decisiones reales y que son sea como sea impulsadas por él, la posición arminiana parece disminuir la sabiduría y poder de Dios el Creador.

II. PREGUNTAS DE REPASO

1. Defina la doctrina de la preservación y respaldo bíblico.

La preservación es la obra continua por la cual Dios sostiene y mantiene toda la creación en existencia.

Ejemplos bíblicos: Colosenses 1:17 (“en Él todas las cosas subsisten”) y Hebreos 1:3 (Dios sustenta todas las cosas con su poder).

Esta enseñanza da base a la ciencia porque muestra que el universo funciona con orden y estabilidad, lo que permite estudiarlo.

2. ¿Cómo puede un acontecimiento ser causado por Dios y por una criatura?

Dios es la causa primaria que gobierna todo, mientras que las criaturas actúan como causas secundarias. Ambos pueden participar en un evento, pero Dios sigue siendo soberano.

3. Relación de Dios con el mal

Dios no es autor del mal, pero permite que ocurra dentro de su plan soberano y puede usarlo para cumplir sus propósitos y traer bien final.

4. ¿Qué significa “libre albedrío”?

Significa que las personas toman decisiones voluntarias según sus deseos, aunque esas decisiones ocurren dentro del plan soberano de Dios.

5. Si Dios controla todo, ¿son significativas las acciones humanas?

Sí, porque Dios usa nuestras acciones como medios para cumplir sus propósitos, y las personas siguen siendo responsables de sus decisiones.

6. Diferencia entre providencia y la visión arminiana

La diferencia principal es que esta doctrina enseña que Dios gobierna completamente todos los acontecimientos, mientras que el arminianismo suele enfatizar más la libertad humana independiente del control total de Dios.

Preguntas para Aplicación Personal

1. Confianza en la providencia

Sí, aumenta la confianza porque sabemos que Dios dirige el futuro. En medio de dificultades, recordamos que Dios tiene control y propósito en todo.

2. Cinco cosas buenas de hoy

Por ejemplo: la vida, la salud, la comida, la familia y nuevas oportunidades. Todas son motivos para agradecer a Dios.

3. ¿Suerte o providencia?

Creer en la suerte aumenta la ansiedad. Entender que Dios controla los eventos da paz y confianza en el futuro.

4. Supersticiones

Las supersticiones disminuyen la confianza en Dios porque ponen la seguridad en cosas externas en lugar de confiar en el cuidado de Dios.

5. Providencia y oración

Si Dios gobierna todo, la oración es importante porque Dios usa nuestras oraciones como medios para cumplir su voluntad.

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

arminiano	decisiones voluntarias
calvinista	gobierno
causa primaria	libre albedrío
causa secundaria	preservación
concurrency	providencia
decisiones libres	

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

ROMANOS 8:28

Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.

La oración

-
- + *¿Por qué quiere Dios que oremos?*
 - + *¿Cómo podemos orar efectivamente?*
-

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

El carácter de Dios y su relación con el mundo, según se explicó en capítulos previos, conduce naturalmente a una consideración de la doctrina de la oración. La oración se puede definir como sigue: *La oración es la comunicación personal de nosotros con Dios.*

Esta definición es muy amplia. Lo que llamamos «oración» incluye oraciones de petición por nosotros mismos o por otras personas (a veces llamadas oraciones de petición o intercesión), confesión de pecado, adoración, alabanza y acciones de gracias.

A. ¿Por qué quiere Dios que oremos?

La oración no se hace para que Dios pueda enterarse de lo que necesitamos, porque Jesús nos dice: «Su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6:8). Dios quiere que oremos porque la oración expresa nuestra confianza en Dios y es un medio por el cual puede aumentar nuestra confianza en él. Por cierto, tal vez el énfasis primordial de la enseñanza bíblica sobre la oración es que debemos orar con fe, lo que quiere decir confianza o dependencia en Dios. Dios como nuestro Creador se deleita en que nosotros como sus criaturas confiemos en él, porque una actitud de dependencia es la más apropiada en la relación entre la criatura y su Creador.

Las primeras palabras del Padre Nuestro, «Padre nuestro que estás en el cielo» (Mt 6:9), reconocen nuestra dependencia de Dios como Padre amante y sabio, y también reconocen que él lo gobierna sobre todo desde su trono celestial. La Biblia muchas veces enfatiza nuestra necesidad de confiar en Dios al orar. Por ejemplo, Jesús compara nuestra oración a un hijo que le pide a su padre un pescado o un huevo (Lc 11:9-12), y luego concluye: «Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!» (Lc 11:13). Así como los hijos miran a sus padres para que provean para ellos, así Dios espera que nosotros miremos a él en oración. Puesto que Dios es nuestro Padre, debemos pedir con fe. Jesús dice: «Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración» (Mt. 21:22; cf. Mr 11:24; Stg 1:6-8; 5:14-15).

Pero Dios no sólo quiere que confiemos en él. También quiere que le amemos y que tengamos comunión con él. Esto, entonces, es una segunda razón por la que Dios quiere que oremos: La oración nos lleva a una comunión más profunda con Dios, y él nos ama y se deleita

en nuestra comunión con él. Cuando oramos, como personas, en la totalidad de nuestro carácter, estamos relacionándonos con Dios como persona, en la totalidad de su carácter. Todo lo que pensamos o sentimos acerca de Dios se expresa en nuestra

158

oración. Es lógico que Dios se deleite en tal actividad y ponga tanto énfasis en ella en su relación con nosotros.

Una tercera razón por la que Dios quiere que oremos es que en la oración Dios nos permite como criaturas tener parte en actividades que son de importancia eterna. Cuando oramos se extiende la obra del reino. De esta manera, la oración nos da la oportunidad de intervenir de una manera significativa en la obra del reino y da expresión a nuestra asombrosa importancia como criaturas hechas a la imagen de Dios.

Una cuarta razón por la que Dios quiere que oremos es que al orar damos gloria a Dios. Orar en humilde dependencia de Dios indica que estamos genuinamente convencidos de su sabiduría, amor, bondad y poder.

B. Efectividad de la oración

¿Cómo actúa la oración? ¿No sólo la oración nos hace bien sino que también afecta a Dios y al mundo?

1. La oración a menudo cambia la manera en que Dios actúa. Santiago nos dice: «No tienen, porque no piden» (Stg 4:2). Implica que el no pedir nos priva de lo que Dios nos habría dado si lo hiciéramos. Oramos, y Dios responde. Jesús también dice: «Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Lc 11:9-10). Jesús hace una conexión clara entre buscar cosas de Dios y recibirlas. Cuando pedimos, Dios responde.

Vemos que esto sucede muchas veces en el Antiguo Testamento. El Señor le declaró a Moisés que destruiría al pueblo de Israel por su pecado (Éx 32:9-10). «Moisés intentó apaciguar al SEÑOR su Dios, y le suplicó: SEÑOR, ... ¡calma ya tu enojo! ¡Aplácate y no traigas sobre tu pueblo esa desgracia!» (Éx 32:11-12). Luego leemos: «Entonces el SEÑOR se calmó y desistió de hacerle a su pueblo el daño que le había sentenciado» (Éx 32:14). Moisés oró, y Dios respondió. Cuando Dios amenaza castigar a su pueblo por su pecado, declara: «si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, y me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra» (2 Cr 7:14). Cuando el pueblo de Dios ora (con humildad y arrepentimiento), Dios oye y los perdona. Las oraciones de su pueblo claramente afectan la manera en que Dios actúa. Similarmente, «si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Jn 1:9). Confesamos, y entonces él perdona.

Si estuviéramos realmente convencidos de que la oración a menudo cambia la manera en que Dios actúa, y que Dios en efecto produce cambios asombrosos en el mundo en respuesta a la oración (como la Biblia enseña repetidamente que lo hace), oraríamos mucho más de lo que oramos. Si oramos poco, probablemente se debe a que no creemos de veras que la oración logre mucho.

2. La oración eficaz se hace posible gracias a nuestro mediador, Jesucristo. Debido a que somos pecadores y Dios es santo, no tenemos derecho propio para entrar a su presencia. Necesitamos un mediador que se coloque entre nosotros y Dios y nos lleve a la presencia de Dios. La Biblia enseña claramente: «Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2:5).

Pero si Jesús es el único mediador entre Dios y el hombre, ¿oír a Dios las oraciones de los incrédulos que no confían en Jesús? La respuesta depende de lo que queramos decir por «oír». Puesto que Dios es omnisciente, siempre «oye» en el sentido de que está enterado de las oraciones que elevan los incrédulos que no van a él a través de Cristo. Dios incluso a veces, de tiempo en tiempo, puede responder a sus oraciones debido a su misericordia y en un deseo de llevarlos a la salvación a través de Cristo. Sin embargo, en ninguna parte Dios ha prometido responder a las oraciones de los que no son creyentes. Las únicas oraciones que ha prometido «oír» en el sentido de escuchar con un oído compasivo y decidir responder cuando se hacen de acuerdo a su voluntad, son las oraciones de los creyentes ofrecidas a través del único mediador, Jesucristo (cf. Jn 14:6).

Entonces, ¿qué de los creyentes del Antiguo Testamento? ¿Cómo podían ellos ir a Dios por medio de Jesús el mediador? La respuesta es que la obra de Jesús como nuestro mediador estaba prefigurada en el sistema de sacrificios y las ofrendas que presentaban los sacerdotes en el templo (He 7:23-28; 8:1-6; 9:1-14, et ál.). No obstante, no había mérito salvador en el sistema de sacrificios (He 10:1-4). A través del sistema de sacrificios, los creyentes eran aceptados por Dios sólo sobre la base de la obra futura de Cristo que el sistema prefiguraba (Ro 3:23-26).

La actividad de Jesús como mediador se ve especialmente en su obra como sacerdote: Él es nuestro «gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos», y es «uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado» (He 4:14-15).

Como receptores del nuevo pacto, no necesitamos quedarnos «fuera del templo», como se exigía que lo hicieran bajo el antiguo pacto todos los creyentes excepto los sacerdotes. Tampoco tenemos que quedarnos fuera del «Lugar Santísimo» (He 9:3), el salón interior del templo en donde Dios estaba en su trono encima del arca del pacto, y a donde sólo el sumo sacerdote podía entrar, y apenas una vez al año. Pero ahora, puesto que Cristo ha muerto como nuestro Sumo Sacerdote mediador (He 7:26-27), ha adquirido para nosotros valor para entrar y entrada a la misma presencia de Dios. Por consiguiente, «tenemos confianza para entrar a los lugares santos por la sangre de Jesús» (He 10:19, traducción literal del autor), es decir, en el Lugar Santo y en el Lugar Santísimo, ¡la misma presencia de Dios! La obra mediadora de Cristo nos da confianza para acercarnos a Dios en oración.

3. ¿Qué es orar «en el nombre de Jesús»? Jesús dice: «Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré» (Jn 14:13-14). También dice que él escogió a sus discípulos: «Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre» (Jn 15:16). Similarmente dice: «Ciertamente les aseguro que mi Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre. Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa» (Jn 16:23-24; cf. Ef 5:20). Pero, ¿qué quiere decir esto?

No quiere decir simplemente que añadamos la frase «en el nombre de Jesús» después de toda oración, porque Jesús no dijo: «Si piden algo y añaden las palabras “en el nombre de Jesús” después de su oración, lo haré». Jesús no está solo hablando de añadir ciertas palabras como una especie de fórmula mágica que dará poder a nuestras oraciones. De hecho, ninguna de las oraciones que registra la Biblia tiene la frase «en el nombre de Jesús» al final (vea Mt 6:9-13; Hch 1:24-25; 4:24-30; 7:59; 9:13-14; 10:13; Ap 6:10; 22:20).

Llegar en el nombre de alguien quiere decir que la otra persona nos ha autorizado a llegar con su autoridad, no la nuestra. Cuando Pedro le ordena al cojo: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!» (Hch 3:6), está hablando con la autoridad de Jesús, no la suya propia. Cuando el sanedrín les preguntó a los discípulos: «¿Con qué poder, o en nombre de quién, hicieron ustedes esto?» (Hch 4:7), les estaban preguntando: «¿Quién les dio autoridad

para que hicieran esto?» Cuando Pablo reprende al espíritu inmundo «en el nombre de Jesucristo» (Hch 16:18), dice claramente que lo está haciendo con la autoridad de Jesús, y no la suya propia. Cuando Pablo pronuncia juicio «en el nombre del Señor Jesús» (1 Co 5:3-5) sobre un miembro de la iglesia que es culpable de inmoralidad, está actuando con la autoridad del Señor Jesús.

En un sentido más amplio, el «nombre» de una persona en el mundo antiguo representaba a la persona misma y por consiguiente todo su carácter. Tener un «buen nombre» (Pr 22:1; Ec 7:1) es tener buena reputación. El nombre de Jesús representa todo lo que él es, su carácter total. Esto quiere decir que orar «en el nombre de Jesús» no es simplemente orar con su autoridad, sino también orar de una manera que armonice con su carácter, que verdaderamente le represente y refleje su modo de vida y su santa voluntad. *Orar en el nombre de Jesús también quiere decir orar conforme a su carácter.* En este sentido orar en el nombre de Jesús se acerca a la idea de orar «conforme a su voluntad» (1 Jn 5:14-15).

¿Quiere estodecir que está malañadir «enelnombre de Jesús» alfinalde nuestras oraciones? Claro que no está mal, siempre y cuando comprendamos lo que queremos decir con esa expresión y que no es necesario hacerlo. Hay algún peligro, sin embargo, si añadimos esta frase a toda oración pública y privada que hacemos, porque prontose convertirá para la gente simplemente en una fórmula a la que asignan muy poco significado y que dicen sin pensarlo. Incluso se puede llegar a ver, por lo menos por los creyentes más jóvenes, como una especie de fórmula mágica que hace más eficaz la oración. Para prevenir tal malentendido, sería probablemente sabio decidir no usar la fórmula frecuentemente y expresar el mismo pensamiento en otras palabras, o sencillamente en la actitud global, y en el enfoque que tenemos hacia la oración. Por ejemplo, las oraciones podrían empezar: «Padre, venimos a ti en la autoridad de nuestro Señor Jesús, tu Hijo...» o, «Padre, no venimos a ti por nuestros propios méritos sino por los méritos de Jesucristo, quien nos ha invitado a que vengamos a ti...» o, «Padre: Te damos gracias por perdonar nuestros pecados y darnos acceso a tu trono por la obra de Jesús, tu Hijo. ...» Otras ocasiones incluso no se debería pensar que estos reconocimientos formales sean necesarios, en tanto y en cuanto nuestros corazones continuamente se den cuenta de que es nuestro Salvador el que nos permite orar al Padre. La oración genuina es una conversación con una persona a la que conocemos bien y que nos conoce. Tal genuina conversación entre personas que se conocen nunca depende del uso de ciertas fórmulas o de palabras reglamentarias, sino que es cuestión de sinceridad en nuestra forma de hablar y en nuestro corazón, cuestión de actitudes debidas, y cuestión de la condición de nuestro espíritu.

4. ¿Deberíamos orar a Jesús o al Espíritu Santo? Un estudio de las oraciones del Nuevo Testamento indica que por lo general no están dirigidas a Dios Hijo ni a Dios Espíritu Santo, sino a Dios Padre. Sin embargo, un simple conteo de tales oraciones pudiera ser equivocado, porque la mayoría de las oraciones que registra el Nuevo Testamento son oraciones del mismo Jesús, que constantemente oraba a Dios Padre, y por supuesto, no se oró a sí mismo como Dios Hijo. Es más, en el Antiguo Testamento, la naturaleza trinitaria de Dios no estaba revelada tan claramente, y es por eso que no hallamos mucha evidencia de oración dirigida a Dios Hijo o a Dios Espíritu Santo antes del tiempo de Cristo.

Aunque hay un claro patrón de oración dirigida a Dios el Padre por el Hijo (Mt 6:9; Jn 16:23; Ef 5:20), hay otras indicaciones de que la oración dirigida directamente a Jesús también es apropiada. El hecho de que fue Jesús mismo quien nombró a todos los demás apóstoles sugiere que la oración de Hechos 1:24 se dirige a él: «*Señor*, tú que conoces el corazón de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido». Esteban, al morir, ora: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7:59). La conversación entre Ananías y «el Señor» en Hechos 9:10-16 es

con Jesús, porque en el versículo 17 Ananías le dice a Saulo: «el Señor Jesús ... me ha enviado para que recobres la vista». La oración «¡Ven, Señor Jesús!» (1 Co 16:22) se dirige a Jesús, así como también la oración de Apocalipsis 22:20: «¡Ven, Señor Jesús!» Y Pablo oraba al «Señor» en 2 Corintios 12:8 respecto a su aguijón en la carne.²¹

Todavía más, el hecho de que Jesús es «un sumo sacerdote fiel y misericordioso» (He 2:17) que puede «compadecerse de nuestras debilidades» (He 4:15) es un estímulo para nosotros para acercarnos con intrepidez al «trono de la gracia» en oración «para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos» (He 4:16). Estos versículos deben alentarnos a acercarnos directamente a Jesús en oración, esperando que él se compadezca de nuestras debilidades conforme oramos.

Hay por consiguiente suficiente garantía bíblica clara que nos anima no sólo a orar a Dios Padre (lo que parece ser el patrón primario, y ciertamente sigue el ejemplo que Jesús nos enseñó en el Padre Nuestro), sino también orar directamente a Dios Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Ambas oraciones son correctas, y podemos orarle al Padre o al Hijo.

Pero, ¿debemos orar al Espíritu Santo? Aunque ninguna oración dirigida directamente al Espíritu Santo consta en el Nuevo Testamento, no hay nada que prohíba tal oración, porque el Espíritu Santo, tal como el Padre y el Hijo, es plenamente Dios, es digno de oración, y es poderoso para responder nuestras oraciones. Él también se relaciona con nosotros de una manera personal, puesto que es el «Consolador» o «Consejero» (Jn 14:16,26). Los creyentes «le conocen» (Jn 14:17), y él les enseña (cf. Jn 14:26), nos da testimonio de que somos hijos de Dios (Ro 8:16), y nuestro pecado puede afligirlo (Ef 4:30). Es más, el Espíritu Santo ejerce volición personal en la distribución de dones espirituales, porque «continuamente distribuye a cada uno individualmente *como él quiere*» (1 Co 12:11, traducción del autor). Por consiguiente, no parece ser equivocación orar directamente al Espíritu Santo a veces, particularmente cuando le estamos pidiendo que haga algo que está relacionado con los aspectos especiales de su ministerio o responsabilidad.²² Pero esto no es el patrón del Nuevo Testamento, y no debería convertirse en el énfasis dominante de nuestra vida de oración.

C. Algunas consideraciones importantes respecto a la oración eficaz

La Biblia nos indica una serie de consideraciones que hay que tener en cuenta para ofrecer la clase de oración que Dios desea de nosotros.

1. Hay que orar conforme a la voluntad de Dios. Juan nos dice: «Ésta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que si pedimos *conforme a su voluntad*, él nos oye. Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Jn 5:14-15). Jesús nos enseña a orar «hágase tu voluntad» (Mt 6:10), y él mismo nos da un ejemplo, al orar en el huerto del Getsemaní: «Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt 26:39).

Pero, ¿cómo sabemos cuál es la voluntad de Dios cuando oramos? Si el asunto por el que estamos orando está incluido en un pasaje de la Biblia en el que Dios nos da un *mandamiento* o una *declaración directa de su voluntad*, la respuesta a esta pregunta es fácil. Su voluntad es

²¹ El nombre «Señor» (gr. *kurios*) se usa en Hechos y en las epístolas primariamente para referirse al Señor Jesucristo.

²² Respecto a la adoración al Espíritu Santo, la iglesia entera, Católico Romana, Ortodoxa y Protestante, unánimemente han convenido que es apropiada, como lo indicaba el Credo Niceno en el año 381 d.C.: «Y ... en el Espíritu Santo, el Señor y Dador de la vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo juntamente *es adorado y glorificado*». Similarmente, la confesión de Westminster de la fe dice: «La adoración religiosa se da a Dios, el Padre, el Hijo y al Espíritu Santo; y sólo a él; no a los ángeles, ni a los santos ni a ninguna otra criatura...» (21.2). Muchos himnos que se han usado por siglos dan alabanza al Espíritu Santo, tales como el Gloria Patri («Gloria demos al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu»), o la doxología «A Dios el Padre celestial ... al Hijo ... y al eternal Consolador»). Esta práctica se basó en la convicción de que Dios es digno de adoración, y puesto que el Espíritu Santo es plenamente Dios, es digno de adoración. Tales palabras de alabanza son una clase de oración al Espíritu Santo, y si son apropiadas, no parece haber razón para pensar que otras clases de oraciones al Espíritu Santo sean inapropiadas.

que se obedezca su Palabra y se guarde su mandamiento. Debemos esforzarnos por una perfecta obediencia a la voluntad moral de Dios en la tierra de modo que la voluntad de Dios se haga «en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10). Por esto el conocimiento de la Biblia es una tremenda ayuda en la oración, al capacitarnos para seguir el patrón de los primeros cristianos que citaban las Escrituras cuando oraban (véase Hch 4:25-26). La lectura regular y memorización de la Biblia, cultivada en años de la vida del creyente, aumentará la profundidad, el poder y la sabiduría de sus oraciones. Jesús nos anima a tener sus palabras en nosotros cuando oramos, porque dice: «Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá» (Jn 15:7).

Debemos tener gran confianza de que Dios responderá nuestra oración cuando le pedimos algo conforme a una promesa específica o mandamiento de la Biblia como estos. En tales casos, sabemos cuál es la voluntad de Dios, porque él nos la ha dicho, y nosotros simplemente tenemos que orar creyendo que él contestará.

Sin embargo, hay muchas otras situaciones en la vida en las que no sabemos cuál es la voluntad de Dios. Tal vez no estemos seguros, porque no se aplica ninguna promesa o mandamiento de la Biblia, de si es la voluntad de Dios que consigamos el empleo que hemos solicitado, o que ganemos una competencia atlética en la que participamos (oración común entre los niños, especialmente), o que se nos elija para un cargo en la iglesia, etc. En todos estos casos, debemos hacer acopio de tantas Escrituras como entendamos, tal vez para darnos algunos principios generales dentro de los cuales podemos elevar nuestra oración. Pero más allá de eso, a menudo debemos reconocer simplemente que no sabemos cuál es la voluntad de Dios. En tales casos debemos pedirle una comprensión más profunda y entonces orar por lo que nos parece lo mejor, dándole al Señor las razones por las que, en nuestra presente comprensión de la situación, estamos orando por lo que nos parece lo mejor. Pero siempre es propio añadir, bien sea explícitamente o por lo menos en actitud de corazón: «No obstante, si me equivoco al pedir esto, y si esto no te agrada, entonces haz lo que sea mejor a tu vista», o más sencillamente, «si es tu voluntad». A veces Dios nos concederá lo que hemos pedido. A veces nos dará una comprensión más profunda o cambiará nuestro corazón para que nos sintamos guiados a pedir algo diferente. A veces no concederá nuestra petición, sino que sencillamente nos indicará que debemos someternos a su voluntad (véase 2 Co 12:9-10).

Algunos cristianos objetan que añadir a nuestras oraciones la frase «si es tu voluntad» destruye nuestra fe. Lo que en realidad hace es expresar incertidumbre en cuanto a si aquello por lo que estamos orando es o no la voluntad de Dios. Es apropiada cuando en realidad no sabemos cuál es la voluntad de Dios, pero en otras ocasiones es inapropiada. Por ejemplo, pedir que Dios nos dé sabiduría para tomar una decisión, y luego decir: «si es tu voluntad, dame sabiduría en esto» sería inapropiado, porque estaríamos diciendo que no creemos que Dios quiso decir lo que dijo cuando nos dijo que pidamos con fe y que él concedería nuestra petición («Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie», Stg 1:5).

2. Hay que orar con fe. Jesús dice: «Por eso les digo: Crean que ya han recibido todo lo que estén pidiendo en oración, y lo obtendrán» (Mr 11:24). Algunas traducciones varían, pero el texto griego en realidad dice «crean que *ya lo han recibido*». Jesús evidentemente está diciendo que cuando pedimos algo, la clase de fe que trae resultados es esa seguridad firme de que al momento cuando oramos por algo (o tal vez después de que hemos estado orando por un período de tiempo), Dios accede a conceder nuestra petición específica. En la comunión personal con Dios que tiene lugar en la oración genuina, esta clase de fe de nuestra parte puede venir sólo *conforme Dios nos da un sentido de seguridad de que él ha accedido a conceder nuestra petición*. Por supuesto, no podemos «fomentar» esta clase de fe genuina mediante

algún tipo de oración frenética o gran esfuerzo emocional tratando de obligarnos a creer, ni tampoco podemos forzarla en nosotros mismos diciendo palabras que no pensamos que sean ciertas. Esto es algo que solamente Dios puede darnos y que él tal vez nos dé o tal vez no nos dé cada vez que oramos. Esta fe segura a menudo vendrá cuando pidamos a Dios algo y entonces calladamente esperamos ante él una respuesta.

Ciertamente, Hebreos 11:1 nos dice que: «Ahora bien, la fe es la *garantía* de lo que se espera, la *certeza* de lo que no se ve». La fe bíblica nunca es una especie de castillo en el aire o una vaga esperanza que no tiene ningún cimiento seguro sobre el cual apoyarse. Más bien es *confianza* en una persona, en Dios mismo, basada en el hecho de que le tomamos su palabra y creemos lo que él ha dicho. Esta confianza o dependencia en Dios, cuando tiene también un elemento de seguridad o confianza, es fe bíblica genuina.

3. Obediencia. Puesto que la oración ocurre dentro de nuestra relación con Dios como persona, cualquier cosa en nuestra vida que a él le desagrade será un estorbo para la oración. El salmista dice: «Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado» (Sal 66:18). Aunque «el SEÑOR aborrece las ofrendas de los malvados», en contraste «se complace en la oración de los justos» (Pr 15:29). Pero Dios no está favorablemente dispuesto a los que rechazan sus leyes: «Dios aborrece hasta la oración del que se niega a obedecer la ley» (Pr 28:9).

El apóstol Pedro cita el Salmo 34 para afirmar que «los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos, atentos a sus oraciones» (1 P 3:12). Puesto que los versículos previos animan a una buena conducta en la vida de todos los días, a hablar y alejarse del mal para hacer el bien, Pedro está diciendo que Dios de buen grado oye las oraciones de los que viven vidas en obediencia a él. Similarmente, Pedro advierte a los esposos a que «sean comprensivos» con sus esposas, porque «así nada estorbará las oraciones de ustedes» (1 P 3:7). De forma parecida, Juan nos recuerda la necesidad de tener la conciencia limpia delante de Dios cuando oramos, porque dice: «Queridos hermanos, si el corazón no nos condena, tenemos confianza delante de Dios, y recibimos todo lo que le pedimos porque obedecemos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada» (1 Jn 3:21-22).

No hay que entender mal esta enseñanza. No tenemos que estar completamente libres de pecado antes de poder esperar que Dios responda a nuestras oraciones. Si Dios respondiera solamente a las oraciones de personas sin pecado, nadie en toda la Biblia excepto Jesús debería haber recibido jamás una respuesta a alguna oración. Cuando llegamos ante Dios mediante su gracia, llegamos limpios por la sangre de Cristo (Ro 3:25; 5:9, Ef 2:13; He 9:14; 1 P 1:2). Sin embargo, no debemos descuidar el énfasis bíblico en la santidad personal de la vida. La oración y la vida santa van de la mano. Hay mucha gracia en la vida cristiana, pero el crecimiento en la santidad personal también es una ruta a bendiciones mucho mayores, y eso es verdad igualmente con respecto a la oración. Los pasajes citados nos enseñan que, siendo las demás cosas todas iguales, una obediencia más exacta conducirá a una eficacia aumentada en la oración (cf. He 12:14; Stg 4:3-4).

4. Confesión de pecados. Debido a que nuestra obediencia a Dios nunca es perfecta en esta vida, continuamente dependemos de su perdón de nuestros pecados. La confesión de pecados es necesaria a fin de que Dios «nos perdone» en el sentido de restaurar su relación personal diaria con nosotros (vea Mt 6:12; 1 Jn 1:9). Cuando oramos es bueno confesarle al Señor todo pecado conocido y pedirle su perdón. A veces cuando esperamos en él, él nos traerá a la mente otros pecados que necesitamos confesar. Con respecto a los pecados que no recordamos o de los que no nos hemos dado cuenta, es apropiado elevar la oración general de David: «¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente!» (Sal 19:12).

A veces el confesar a otros creyentes de confianza nuestros pecados nos dará seguridad de perdón y estímulo para vencer al pecado. Santiago relaciona la confesión mutua a la oración, porque en el pasaje en que habla de la oración poderosa nos estimula: «Por eso, *confiéscense unos a otros sus pecados*, y oren unos por otros, para que sean sanados» (Stg 5:16).

5. Hay que perdonar a otros. Jesús dice: «Si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas» (Mt 6:14-15). Similarmente Jesús dice: «Y cuando estén orando, si tienen algo contra alguien, perdónenlo, para que también su Padre que está en el cielo les perdone a ustedes sus pecados» (Mr 11:25). Nuestro Señor no tiene en mente la experiencia inicial de perdón que conocemos cuando somos justificados por la fe, porque esto no pertenecería a la oración que elevamos todos los días (véase Mt 6:12, 14-15). Se refiere más bien a la relación personal de día tras día con Dios que necesitamos que sea restaurada cuando hemos pecado y cuando le hemos desagradado.

Puesto que la oración presupone una relación con Dios como *persona*, esto no es sorpresa. Si hemos pecado contra él y hemos entristecido al Espíritu Santo (cf Ef 4:30), el pecado no ha sido perdonado, y esto interrumpe nuestra relación con Dios (cf. Is 59:1-2). Mientras el pecado no sea perdonado y la relación personal restaurada, la oración será, por supuesto, difícil. Es más, si en nuestro corazón guardamos una actitud no perdonadora en contra de otra persona, no estamos actuando de una manera que agrade a Dios y que nos ayude. Así Dios declara (Mt 6:12, 14-15) que se distanciará de nosotros hasta que perdonemos a otros.

6. Humildad. Santiago nos dice que «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes» (Stg 4:6; también 1 P 5:5). Por consiguiente, dice él: «Humíllense delante del Señor, y él los exaltará» (Stg. 4:10). La humildad es, por lo tanto, la actitud correcta que hay que tener al orar a Dios, en tanto que el orgullo es del todo inapropiado.

La parábola de Jesús acerca del fariseo y el cobrador de impuestos ilustra esto. Cuando el fariseo de puso de pie para orar, se jactaba: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo» (Lc 18:11-12). En contraste, el humilde recaudador de impuestos «ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!”» (Lc 18:13). Jesús pasa a decir que el recaudador de impuestos «volvió a su casa justificado ante Dios», antes que el fariseo, «pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18:14). Por esto Jesús condenó a los que «hacen largas plegarias para impresionar a los demás» (Lc 20:47), y a los hipócritas «porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea» (Mt 6:5).

Dios tiene derecho a tener celo por su honor.²³ Por consiguiente, no se digna a responder a las oraciones de los orgullosos que procuran honores para sí mismos en lugar de dárselo a él. La verdadera humildad ante Dios, que también se refleja en genuina humildad ante otros, es necesaria para la oración eficaz.

7. ¿Qué de la oración que no recibe respuesta? Debemos empezar reconociendo que en tanto Dios sea Dios y nosotros sus criaturas, debe haber algunas oraciones no contestadas. Esto se debe a que Dios mantiene oculto sus propios planes sabios para el futuro, y aunque la gente ore, muchos acontecimientos no tendrán lugar sino en el momento en que Dios lo ha decretado. Los judíos oraron por siglos por el Mesías que vendría, y hacían bien, pero no fue

²³ Véase la explicación del atributo de celos de Dios, p. 93-94, arriba.

sino «cuando se cumplió el plazo» que «Dios envió a su Hijo» (Gá 4:4). Las almas de los mártires en el cielo, libres del pecado, claman que Dios juzgue la tierra (Ap 6:10), pero Dios no responde de inmediato; más bien, les dice que esperen un poco más (Ap 6:11). Es claro que puede haber largos períodos de espera durante los cuales las oraciones quedan sin contestación porque los que oran no saben el tiempo que en su sabiduría Dios ha escogido.

La oración también puede quedar sin contestación porque no siempre sabemos cómo orar como es debido (Ap 8:26), no siempre oramos conforme a la voluntad de Dios (Stg 4:3) y no siempre pedimos con fe (Stg 1:6-8). A veces pensamos que una solución es la mejor, pero Dios tiene un mejor plan, incluso para realizar su propósito mediante el sufrimiento y la adversidad. José sin duda oró fervientemente que lo rescataran del pozo o que no lo llevaran como esclavo a Egipto (Gn 37:23-36), pero muchos años más tarde halló respuesta a todo lo que le pasó: «Dios transformó ese mal en bien» (Gn 50:20).

Cuando nos vemos frente a oraciones no contestadas nos unimos a la compañía de Jesús, quién oró: «No se cumpla mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22:42). También nos unimos a Pablo, quien pidió al Señor «tres veces» que le quitara el aguijón que tenía en su carne, pero no sucedió así; más bien, el Señor le dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Co 12:8-9). Cuando las oraciones no reciben contestación, debemos seguir confiando en Dios, quien «dispone todas las cosas para el bien» (Ro 8:28) y echar nuestras preocupaciones sobre él, sabiendo que él siempre nos cuida (1 P 5:7). Debemos seguir recordando que él nos dará fuerza suficiente para cada día (Dt 33:25) y que ha prometido: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré» (He 13:5; cf. Ro 8:35-39).

También debemos seguir orando. A veces una respuesta largamente esperada tiene lugar de repente, como lo fue cuando Ana tuvo un hijo después de muchos años (1 S 1:19-20), o cuando Simeón vio llegar al templo al largamente esperado Mesías (Lc 2:25-35).

Pero a veces las oraciones permanecerán sin contestación en esta vida. A veces Dios responderá esas oraciones después que el creyente ha muerto. En otras ocasiones ni siquiera entonces pero así y todo, la fe expresada en esas oraciones, y sus expresiones de corazón de amor a Dios y por el pueblo que él hizo, de todos modos ascenderán como incienso agradable ante el trono de Dios (Ap 5:8; 8:3-4), y eso resultará en «aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele» (1 P 1:7).

D. Alabanza y acción de gracias

La alabanza y la acción de gracias a Dios son elementos esenciales de la oración. La oración modelo que Jesús nos dejó empieza con una palabra de alabanza: «Santificado sea tu nombre» (Mt 6:9). Pablo les dijo a los filipenses: «En toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y *denle gracias*» (Fil 4:6). Y a los colosenses dijo: «Dedíquense a la oración: perseveren en ella *con agradecimiento*» (Col 4:2). El agradecimiento, como todo otro aspecto de la oración, no debe ser un «gracias» mecánico a Dios ni de labios para afuera, sino palabras que reflejen el agradecimiento de nuestros corazones. Todavía más, nunca debemos pensar que agradecer a Dios por la respuesta a algo que hemos pedido de alguna manera puede forzar a Dios a dármelo, porque eso cambia la oración de una petición genuina y sincera a una exigencia que presume que podemos hacer que Dios haga lo que nosotros queremos. Tal espíritu en nuestras oraciones en realidad niega la naturaleza esencial de la oración como expresión de dependencia en Dios.

En contraste, la clase de agradecimiento que apropiadamente acompaña la oración debe expresar agradecimiento a Dios por todas las circunstancias, por todo acontecimiento de la vida que él permite que nos suceda. Cuando unimos nuestras oraciones con acciones de gracias a Dios de manera humilde y pueril «en toda situación» (1 Ts 5:18), estamos elevando una oración que es aceptable a Dios.

Preguntas de Repaso

1. Tres razones por las que Dios quiere que oremos.

1. Para tener comunión con Él.
2. Porque Dios usa nuestras oraciones como medios para cumplir sus propósitos.
3. Para que dependamos de Él y fortalezcamos nuestra fe.

2. ¿Cómo hace Jesús eficaces nuestras oraciones?

Jesús es nuestro mediador ante Dios. Por medio de su obra y su intercesión podemos acercarnos a Dios con confianza (Hebreos 7:25; Juan 14:13).

3. ¿Qué significa orar conforme a la voluntad de Dios?

Significa pedir cosas que están de acuerdo con los propósitos y enseñanzas de Dios revelados en la Biblia.

4. Papel de la obediencia en la oración

La obediencia fortalece nuestra relación con Dios y ayuda a que nuestras oraciones sean escuchadas (Juan 15:7).

5. Tres razones por las que las oraciones no son contestadas

1. Motivos incorrectos (Santiago 4:3).
2. Pecado o desobediencia en la vida.

-
3. No pedir conforme a la voluntad de Dios.
-

III. Preguntas para Aplicación Personal

1. Dificultades con la oración

Sí, a veces es difícil mantener constancia. Este tema ayuda a recordar que la oración es una relación con Dios y una expresión de dependencia de Él.

2. Momentos de mayor eficacia en la oración

Generalmente ocurren cuando hay fe, humildad, arrepentimiento y perseverancia en la oración.

3. Orar con otros creyentes

Orar con otros anima la fe, fortalece la unidad y ayuda a perseverar en la oración.

4. Esperar en silencio ante Dios

Esperar en silencio puede traer paz, reflexión y mayor sensibilidad a la dirección de Dios.

5. Tiempo diario de oración y Biblia

Es importante establecer un horario regular y un lugar tranquilo, y evitar distracciones como el teléfono para mantener concentración.

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

«en el nombre de Jesús» mediador fe oración

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

HEBREOS 4:14-16

Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos.

Los ángeles, Satanás y los demonios

-
- + ¿*Qué son los ángeles?*
 - + ¿*Por qué los creó Dios?*
 - + ¿*Qué concepto deben tener los cristianos hoy día de Satanás y los demonios?*
-

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

A. ¿Qué son los ángeles?

Podemos definir a los ángeles como sigue: *Los ángeles son seres espirituales creados con juicio moral y alta inteligencia pero sin cuerpos físicos.*

1. Seres espirituales creados. Los ángeles no han existido siempre; son parte del universo que Dios creó. En un pasaje que se refiere a los ángeles como los «ejércitos» de los cielos, Esdras dice: «¡Sólo tú eres el SEÑOR! Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas. ... ¡Por eso te adoran los ejércitos del cielo!» (Neh 9:6; cf. Sal 148:2,5). Pablo nos dice que Dios creó todas las cosas «visibles e invisibles» a través de Cristo y para él, y luego específicamente incluye el mundo angelical con la frase «sean tronos, poderes, principados o autoridades» (Col 1:16).

El que los ángeles ejercen juicio moral se ve en el hecho de que algunos de ellos pecaron y cayeron de sus posiciones (2 P 2:4; Jud 6; véanse pp. 174-175). Su alta inteligencia se ve a través de las Escrituras puesto que hablan a personas (Mt 28:5; Hch 12:6-11; et ál.) y cantan alabanzas a Dios (Ap 4:11; 5:11).

Puesto que los ángeles son «espíritus» (He 1:14), o criaturas espirituales, no tienen ordinariamente cuerpos físicos (en Lc 24:39, Jesús dice: «un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo»). Por consiguiente, por lo general no se les puede ver a menos que Dios nos dé una capacidad especial para verlos (Nm 22:31; 2 R 6:17; Lc 2:13). En sus actividades ordinarias de guardarnos y protegernos (Sal 34:7; 91:11; He 1:14), y en unirse a nosotros en adoración a Dios (He 12:22), son invisibles. Sin embargo, de tiempo en tiempo en la Biblia los ángeles tomaron forma corporal para aparecerse a varias personas (Mt 28:5; He 13:2).

2. Otros nombres que se dan a los ángeles. La Biblia usa a veces otros términos para referirse a los ángeles, tales como «hijos de Dios» (Job 1:6; 2:1), «santos» (Sal 89:5, 7), «espíritus» (He 1:14), «mensajero santo» (Dn 4:13, 17, 23), «tronos», «poderes», «principados», «autoridades» (Col 1:16), y «poderes» (Ef 1:21).

168

3. Otras clases de seres celestiales. Hay otros tres tipos específicos de seres celestiales que se mencionan en la Biblia. Sea que los tengamos como tipos especiales de «ángeles» (en un sentido amplio del término), o como seres celestiales distintos de los ángeles, son seres espirituales creados que sirven y adoran a Dios.

a. *«Querubines».*²⁴ A los querubines se les asignó la tarea de guardar la entrada del huerto del Edén (Gn 3:24), y de Dios mismo se dice que está entronado entre querubines o que viaja con querubines en su carro (Sal 18:10; Ez 10:1-22). Sobre el arca del pacto en el Antiguo Testamento había dos figuras de oro de querubines con sus alas extendidas por encima del arca, y era allí donde Dios prometió que moraría entre su pueblo: «Yo me reuniré allí contigo en medio de los dos querubines que están sobre el arca del pacto. Desde la parte superior del propiciatorio te daré todas las instrucciones que habrás de comunicarles a los israelitas» (Éx 25:22; cf. vv. 18-21).

b. *«Serafines».*²⁵ Otro grupo de seres celestiales, los serafines, se mencionan solamente en Isaías 6:2-7, en donde continuamente adoran a Dios y exclaman de uno a otro: «Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3).

c. *Seres vivientes.* Tanto Ezequiel como Apocalipsis nos hablan de otra clase de seres celestiales conocidos como «seres vivientes» y que están alrededor del trono de Dios (Ez 1:5-14; Ap 4:6-8). Con apariencia de león, buey, hombre y águila, son los más poderosos representantes de las distintas partes de la creación de Dios (bestias salvajes, animales domesticados, seres humanos y aves), y adoran continuamente a Dios: «Santo, santo, santo es el SEÑOR Dios Todopoderoso, el que era y que es y que ha de venir» (Ap 4:8).

4. Rango y orden entre los ángeles. La Biblia indica que hay rango y orden entre los ángeles. A un ángel, Miguel, se le llama «arcángel» en Judas 9, título que indica dominio o autoridad sobre otros ángeles. En Daniel 10:13 se le llama «uno de los príncipes de primer rango». Miguel también parece ser líder en el ejército angelical: «Se desató entonces una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron al dragón; éste y sus ángeles, a su vez, les hicieron frente, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo» (Ap 12:7-8). Pablo nos dice que el SEÑOR volverá del cielo «con voz de arcángel» (1 Ts 4:16). Sea que esto se refiere a Miguel como el único arcángel, o si hay otros, la Biblia no nos lo dice.

5. ¿Tienen las personas ángeles de la guarda individuales? La Biblia nos dice claramente que Dios envía ángeles para nuestra protección: «Porque él ordenará que sus ángeles te cuiden en todos tus caminos. Con sus propias manos te levantarán para que no tropieces con piedra alguna» (Sal 91:11-12). Pero algunos han ido más allá de esta idea de protección general y se han preguntado si Dios da un «ángel de la guarda» específico para cada individuo del mundo, o por lo menos para cada creyente. Respaldo para esta idea se halla

²⁴ La palabra hebrea *querub* es singular, en tanto que *querubín* es su forma plural.

²⁵ La palabra hebrea *seraf* es singular, en tanto que *serafín* es su forma plural.

en las palabras de Jesús acerca de los niños: «en el cielo *los ángeles de ellos* contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18:10). Sin embargo, nuestro Señor tal vez sencillamente estaba diciendo que los ángeles asignados a la tarea de proteger a los niños tienen franco acceso a la presencia de Dios. (Para tomar una analogía del atletismo, los ángeles tal vez jueguen defensa de «zona» en lugar de «hombre a hombre».) El hecho de que los discípulos que estaban reunidos en casa de María, la madre de Juan, según nos cuenta Hechos 12:15, pensaron que el «ángel» de Pedro debía ser quien llamaba a la puerta, no necesariamente implica creencia en un ángel de la guarda individual. Bien podría ser que un ángel estaba guardando o cuidando a Pedro en esos momentos. No parece haber, por consiguiente, respaldo convincente en el texto bíblico al concepto de que hay «ángeles de la guarda» individuales. Pero sí hallamos que los ángeles en general tienen la tarea de proteger al pueblo de Dios.

6. El poder de los ángeles. Los ángeles evidentemente tienen gran poder. Se les llama «paladines que ejecutan su palabra» (Sal 103:20), y «poderes» (cf. Ef 1:21), y «poderes» y «autoridades» (Col 1:16). Los ángeles al parecer superan a los seres humanos «en fuerza y en poder» (2 P 2:11, cf. Mt 28:2). Por lo menos durante el tiempo de nuestra existencia terrenal, los seres humanos somos hechos «un poco menor que los ángeles» (He 2:7). Aunque el poder de los ángeles es grande, ciertamente no es infinito, pero lo usan para luchar contra los poderes demoníacos bajo el control de Satanás (Dn 10:13; Ap 12:7-8; 20:1-3). Con todo, cuando el Señor vuelva, seremos elevados a una posición más alta que los ángeles (1 Co 6:3; vea la sección B.1, que sigue).

B. El Lugar de los ángeles en el propósito de Dios

1. Los ángeles muestran la grandeza del amor de Dios y el plan que tiene con nosotros.

Los seres humanos y los ángeles son las únicas criaturas morales de alta inteligencia que Dios ha hecho. Por consiguiente, podemos entender mucho acerca del plan y el amor de Dios hacia nosotros cuando nos comparamos con los ángeles.

La primera distinción que hay que observar es que de los ángeles nunca se dice que fueron hechos «a imagen de Dios», en tanto que de los seres humanos varias veces se dice que son hechos a imagen de Dios (Gn 1:26-27; 9:6). Puesto que ser a imagen de Dios quiere decir ser como Dios,²⁶ parece justo concluir que somos más parecidos a Dios que incluso los ángeles.

Esto cuenta con el respaldo del hecho de que Dios un día nos dará autoridad sobre los ángeles, para juzgarlos: «¿No saben que aun *a los ángeles los juzgaremos?*» (1 Co 6:3). Aunque somos «un poco menor que los ángeles» (He 2:7), cuando nuestra salvación esté completa, seremos exaltados por encima de los ángeles y los gobernaremos. De hecho, incluso ahora los ángeles ya nos sirven: «¿No son todos los ángeles espíritus dedicados al servicio divino, enviados para ayudar a los que han de heredar la salvación?» (He 1:14).

La capacidad de los seres humanos para tener hijos como ellos mismos (Adán «tuvo un hijo a su imagen y semejanza», Gn 5:3) es otro elemento de nuestra superioridad sobre los ángeles, que evidentemente no pueden tener hijos (cf. Mt 22:30; Lc 20:34-36).

Los ángeles también demuestran la grandeza del amor de Dios por nosotros en que, aunque muchos ángeles pecaron, ninguno ha alcanzado salvación. Pedro nos dice que «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4). Judas dice: «Y a los ángeles que no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene

²⁶ Vea el cap. 11, pp. 189-193.

perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día» (Jud 6). Y en Hebreos leemos: «Pues, ciertamente, no vino en auxilio de los ángeles sino de los descendientes de Abraham» (He 2:16).

Vemos, por consiguiente, que Dios creó dos grupos de criaturas morales inteligentes. Entre los ángeles muchos pecaron, pero Dios decidió no redimir a ninguno de ellos. Esto fue perfectamente justo que Dios lo hiciera, y ningún ángel puede jamás quejarse de que Dios lo ha tratado injustamente. Sin embargo, aunque todos los seres humanos han pecado y se han alejado de él, Dios decidió hacer mucho más que satisfacer las demandas de la justicia: decidió salvar a algunos de los seres humanos pecadores. En efecto, ha decidido redimir de entre la humanidad pecadora a una gran multitud que ningún hombre puede contar, «gente de toda raza, lengua, pueblo y nación» (Ap 5:9). Esto es misericordia y amor incalculable que va más allá de nuestra comprensión. Es todo favor inmerecido; es todo de gracia. El contundente contraste con el destino de los ángeles martilla esa verdad.

2. Los ángeles nos recuerdan que el mundo invisible es real. Al igual que los saduceos de los días de Jesús que decían «que no hay resurrección, ni ángeles ni espíritus» (Hch 23:8), muchos en nuestros días niegan la realidad de cualquier cosa que no puedan ver. Pero la enseñanza bíblica de la existencia de los ángeles nos es un constante recordatorio de que hay un mundo invisible que es muy real. Fue sólo cuando Dios le abrió los ojos al criado de Eliseo a la realidad de este mundo invisible que el criado «vio que la colina estaba llena de caballos y de carros de fuego alrededor de Eliseo» (2 R 6:17; este era el gran ejército angelical enviado a Dotán para proteger a Eliseo de los sirios). El salmista también muestra estar consciente del mundo invisible cuando anima a los ángeles: «Alábenlo, todos sus ángeles, alábenlo, todos sus ejércitos» (Sal 148:2). El autor de Hebreos nos recuerda que cuando adoramos entramos en la Jerusalén celestial para unirnos «a millares y millares de ángeles, a una asamblea gozosa» (He 12:22), a la que no vemos, pero cuya presencia debería llenarnos tanto de asombro como de alegría. Un mundo incrédulo puede descartar la existencia de los ángeles como superstición, pero la Biblia ofrece estas afirmaciones para que sepamos algo de cómo son las cosas.

3. Los ángeles son ejemplo para nosotros. Tanto en su obediencia como en su adoración los ángeles no son ejemplos útiles que debemos imitar. Jesús nos enseña a orar: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10). En el cielo los ángeles hacen la voluntad de Dios de inmediato, gozosamente y sin cuestionar. Debemos orar diariamente que nuestra obediencia y la obediencia de otros sean como la de los ángeles en el cielo. Su deleite es ser siervos humildes de Dios, y cada uno desempeña fiel y gozosamente las tareas que le han sido asignadas, sean grandes o pequeñas. Nuestro deseo y oración debe ser que nosotros y todos los demás de la tierra hagamos lo mismo.

Los ángeles también son ejemplos para nosotros en su adoración a Dios. Los serafines ante el trono de Dios lo ven en su santidad y continuamente exclaman: «Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3). Juan ve alrededor del trono de Dios un gran ejército angelical: «El número de ellos era millares de millares y millones de millones. Cantaban con todas sus fuerzas: “¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!”» (Ap 5:11-12). Así como los ángeles hallan su mayor gozo en alabar continuamente a Dios, ¿no deberíamos nosotros también deleitarnos todos los días entonando alabanzas a Dios, y teniendo esto como el más alto y más digno uso de nuestro tiempo y nuestro mayor gozo?

4. Los ángeles realizan algunos de los planes de Dios. La Biblia presenta a los ángeles como siervos de Dios que realizan algunos de sus planes en la tierra. Traen mensajes de Dios

a las personas (Lc 1:11-19; Hch 8:26; 10:3-8,22; 27:23-24). Ejecutan algunos de los castigos de Dios, como al llevar una plaga a Israel (2 S 24:16-17), herir a los jefes del ejército asirio (2 Cr 32:21), herir de muerte al rey Herodes porque no dio gloria a Dios (Hch 12:23), o derramar las copas de la ira de Dios sobre la tierra (Ap 16:21). Cuando Cristo vuelva, los ángeles vendrán con él como gran ejército que acompaña al Rey y Señor (Mt 16:27; Lc 9:26; 2 Ts 1:7).

Los ángeles también patrullan la tierra como representantes de Dios (Zac 1:10-11), y libran batalla contra las fuerzas demoníacas (Dn 10:13; Ap 12:7-8). Juan en su visión vio un ángel descendiendo del cielo y anota que el ángel «sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo» (Ap 20:1-3). Cuando Cristo vuelva, un arcángel proclamará su venida (1 Ts 4:16; cf. Ap 18:1-2,21; 19:17-18; et al.).

5. Los ángeles glorifican directamente a Dios. Los ángeles también sirven para otra función: Ministran directamente a Dios glorificándole. Así que además de los seres humanos, hay otras criaturas morales inteligentes que glorifican a Dios en el universo.

Los ángeles glorifican a Dios por lo que él es, por su excelencia.

Alaben al SEÑOR, ustedes sus ángeles, paladines que
ejecutan su palabra y obedecen su mandato (Sal
103:20, cf. 148:2).

Los serafines continuamente alaban a Dios por su santidad (Is 6:2-3), así como los cuatro seres vivientes (Ap 4:8).

Los ángeles también glorifican a Dios por su gran plan de salvación conforme ven que se desarrolla. Cuando Cristo nació en Belén, «apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad”» (Lc 2:13-14, cf. He 1:6). Jesús nos dice: «Así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente» (Lc 15:10), lo que indica que los ángeles se alegran cada vez que alguien se vuelve de sus pecados y pone su confianza en Cristo como Salvador.

Cuando proclama el evangelio para que la gente de diversos trasfondos raciales, lo mismo judíos que griegos, pasen a formar parte de la Iglesia, Pablo ve que el sabio plan de Dios para la Iglesia se despliega ante los ángeles (y los demonios), porque dice que fue llamado a predicar a los gentiles para que «se dé a conocer ahora, por medio de la Iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales» (Ef 3:10). Y Pedro nos dice que «aun los mismos ángeles anhelan contemplar esas cosas» (1 P 1:2) de las glorias del plan de salvación conforme se realizan en la vida de cada creyente todos los días. Todavía más, el hecho de que en el culto en la iglesia las mujeres debían vestir ropa que apropiadamente señale que son mujeres «a causa de los ángeles» (1 Co 11:10), indica que los ángeles presencian la vida de los creyentes y glorifican a Dios por nuestra adoración y obediencia.

C. Nuestra relación con los ángeles

1. Debemos estar conscientes de la existencia de los ángeles en nuestra vida diaria. La Biblia dice claramente que Dios quiere que tengamos presente la existencia de los ángeles y la naturaleza de su actividad. No debemos, por consiguiente, dar por sentado que los ángeles no tienen nada que hacer en nuestras vidas hoy. Más bien, hay varias maneras en que nuestras vidas cristianas serán enriquecidas al darnos cuenta de la existencia y el ministerio de los ángeles en el mundo incluso hoy.

Cuando vamos ante Dios en adoración nos unimos no sólo con la gran compañía de creyentes que han muerto y han llegado a la presencia de Dios en el cielo, «a los espíritus de los justos que han llegado a la perfección»; sino también a una gran multitud de ángeles, «a millares y millares de ángeles, a una asamblea gozosa» (He 12:22-23). Aunque de ordinario no vemos ni oímos evidencia de esta adoración celestial, de veras enriquece nuestro sentido de reverencia y gozo en la presencia de Dios apreciar el hecho de que los ángeles se unen a nosotros en la adoración a Dios.

Es más, debemos tener presente que los ángeles están siempre observando nuestra obediencia o desobediencia a Dios. Incluso si pensamos que cometemos nuestros pecados en secreto y no causan dolor a nadie (excepto, por supuesto, a Dios mismo), debemos ser realistas y pensar que quizá incluso cientos de ángeles presencian nuestra desobediencia y se afligen. Por otro lado, cuando nos sentimos desalentados y pensamos que nuestra fiel obediencia a Dios no la presencia nadie y no sirve de estímulo a nadie, podemos sentir consuelo al darnos cuenta de que tal vez cientos de ángeles presencian nuestra lucha solitaria, y diariamente «miran» la manera en que la gran salvación de Cristo halla expresión en nuestra vida.

Como para hacer más vívida la realidad de que los ángeles observan nuestro servicio a Dios, el autor de Hebreos sugiere que los ángeles pueden a veces tomar forma humana, al parecer para hacer «visitas de inspección», algo así como el crítico de restaurantes de un periódico que se disfraza y visita un nuevo restaurante. Leemos: «No se olviden de practicar la hospitalidad, pues gracias a ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (He 13:2; cf. Gn 18:2-5; 19:1-3). Esto debería hacernos desear prestarle ayuda a personas que no conocemos, siempre preguntándonos si algún día llegaremos al cielo y conoceremos al ángel al que ayudamos cuando temporalmente se apareció en la tierra como un ser humano en aprietos.

Cuando somos repentinamente librados de un peligro o aflicción, podemos sospechar que Dios ha enviado ángeles para que nos ayuden, y debemos estar agradecidos. Un ángel cerró las bocas de los leones para que no le hicieran daño a Daniel (Dn 6:22), libró a los apóstoles de la cárcel (Hch 5:19-20), más tarde libró a Pedro de la cárcel (Hch 12:7-11), y ministró a Jesús en el desierto en un tiempo de gran debilidad, inmediatamente después de que sus tentaciones habían terminado (Mt 4:11). ¿Acaso no promete la Biblia: «Porque él ordenará que sus ángeles te cuiden en todos tus caminos. Con sus propias manos te levantarán para que no tropieces con piedra alguna»? (Sal 91:11-12) ¿No deberíamos por consiguiente agradecer a Dios por enviar a sus ángeles para que nos protejan en esas ocasiones? Parece correcto que lo hagamos así.

2. Precauciones respecto a nuestra relación con los ángeles.

a. *Cuidado con recibir falsas doctrinas de ángeles.* La Biblia nos advierte contra las falsas doctrinas de supuestos ángeles: «Pero aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto del que les hemos predicado, ¡que caiga bajo maldición!» (Gá 1:8). Pablo hace esta advertencia porque sabe que hay la posibilidad de engaño. Dice que: «Satanás mismo se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11:14). Similarmente, el profeta mentiroso que engañó al hombre de Dios en 1 Reyes 13 adujo: «*Y un ángel*, obedeciendo a la palabra del SEÑOR, me dijo: “Llévalo a tu casa para que coma pan y beba agua”» (1 R 13:18). Sin embargo el texto de la Biblia inmediatamente añade en el mismo versículo: «Así lo engañó».

Estos son ejemplos de doctrina o dirección «falsa» recibida de ángeles o personas que aducen que los ángeles les han hablado. Es interesante que estos ejemplos muestren la clara posibilidad del engaño satánico que nos tienta a desobedecer las claras enseñanzas de la Biblia o los claros mandamientos de Dios (cf. 1 R 13:9). Estas advertencias deberían llevar a los creyentes a no dejarse engañar por las afirmaciones de los mormones, por ejemplo, de que un

ángel (Moroni) le habló a José Smith y le reveló la base de la religión mormona. Tal «revelación» es contraria a las enseñanzas de la Biblia en muchos puntos (con respecto a tales doctrinas como la Trinidad, la persona de Cristo, justificación por la fe sola, y muchas otras), y los cristianos deberían estar advertidos para no aceptar tales afirmaciones.

b. *A los ángeles no hay que adorarlos, buscarlos ni orarles.* La «adoración de ángeles» (Col 2:18) fue una de las falsas doctrinas que se estaban enseñando en Colosas. Es más, un ángel que habló con Juan en el libro de Apocalipsis le advirtió que no lo adorara: «Pero él me dijo: “¡No, cuidado! Soy un siervo como tú y como tus hermanos que se mantienen fieles al testimonio de Jesús. ¡Adora sólo a Dios!”» (Ap 19:10).

Tampoco debemos orar a los ángeles. Debemos orar solamente a Dios, quien es el único que es omnipotente y por tanto capaz de responder la oración, y el único que es omnisciente y por consiguiente puede oír las oraciones de todo su pueblo a la vez. Pablo nos advierte a que no pensemos que hay algún otro «mediador» que pudiera estar entre nosotros y Dios, «porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2:5). Si oráramos a los ángeles implícitamente les estaríamos atribuyendo un estatus igual al de Dios, lo que no debemos hacer. No hay ningún ejemplo en la Biblia de alguien que le haya orado a algún ángel específico o que haya pedido a los ángeles que le ayuden.

Todavía más, la Biblia no nos da ninguna base para buscar que los ángeles se nos aparezcan. Ellos se manifiestan sin que se les busque. Buscar tales apariciones sería indicar una curiosidad nada saludable o el deseo de experimentar algo espectacular en vez del amor a Dios y la devoción a él y a su obra. Aunque ángeles en efecto se aparecieron a personas en varias ocasiones en la Biblia, las personas evidentemente nunca buscaron esas apariciones. Lo que debemos hacer es hablar con el Señor, quien es el comandante de todas las fuerzas angelicales. Sin embargo, no parece haber nada malo en pedir que Dios cumpla su promesa del Salmo 91:11 y que envíe ángeles que nos protejan en tiempos de necesidad.

D. Los demonios y su origen

La explicación previa naturalmente lleva a una consideración de Satanás y los demonios, puesto que son ángeles malos que una vez fueron como los ángeles buenos, pero que pecaron y perdieron su privilegio de servir a Dios. Como los ángeles, ellos también son seres espirituales creados con juicio moral y alta inteligencia pero sin cuerpos físicos. Podemos definir a los demonios como sigue: *Los demonios son ángeles malos que pecaron contra Dios y que continuamente obran el mal en el mundo.*

Cuando Dios creó el mundo, «miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno» (Gn 1:31). Esto quiere decir que incluso el mundo angélico que Dios había creado no tenía ángeles malos o demonios en ese tiempo. Pero en Génesis 3 hallamos que Satanás, en forma de serpiente, tienta a Eva a que peque (Gn 3:1-5). Por consiguiente, en algún momento entre los eventos de Génesis 1:31 y Génesis 3:1 debe haber habido una rebelión en el mundo angélico en que muchos ángeles se rebelaron contra Dios y se volvieron malos.

El Nuevo Testamento habla de esto en dos lugares. Pedro nos dice que: «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4).²⁷ Judas habla de que a «los ángeles que no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día» (Jud 6). De nuevo el énfasis recae sobre el hecho de que están alejados de la gloria de la presencia de Dios y su

²⁷ Esto no quiere decir que estos ángeles que pecaron no tengan influencia actual en el mundo, porque en el v. 9 Pedro dice que el Señor también sabe cómo «reservar a los impíos para castigarlos en el día del juicio», refiriéndose aquí a los seres humanos pecadores que obviamente siguen teniendo influencia en el mundo e incluso siendo problemas para los lectores de Pedro. El versículo 4 sencillamente significa que los ángeles malvados han sido sacados de la presencia de Dios y están guardados bajo alguna clase de influencia que los contiene hasta el día del juicio final, pero esto no descarta su actividad continuada en el mundo mientras tanto.

actividad está restringida (metafóricamente, están «en cadenas eternas»). Pero el pasaje no implica que la influencia de los demonios ha sido quitada del mundo ni que algunos demonios están encerrados en un lugar de castigo fuera del mundo mientras que otros pueden influirlo. Más bien 2 Pedro y Judas nos dicen que algunos ángeles se rebelaron contra Dios y se volvieron opositores hostiles a su palabra. Su pecado parece haber sido el orgullo, haber rehusado aceptar el lugar que les habían asignado, porque «no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada» (Jud 6).

También es posible que haya una referencia a la caída de Satanás, el príncipe de los demonios, en Isaías 14. Al describir Isaías el juicio de Dios sobre el rey de Babilonia (un rey terrenal humano), llega a una sección en donde empieza a usar un lenguaje que parece ser demasiado fuerte para referirse a un rey meramente humano:

¡Cómo has caído del cielo, lucero
de la mañana!

Tú, que sometías a las naciones, has
caído por tierra.

Decías en tu corazón:

«Subiré hasta los cielos.

*¡Levantaré mi trono por encima de las
estrellas de Dios!*

Gobernaré desde el extremo norte, en el
monte de los dioses.

Subiré a la cresta de las más altas nubes,
seré semejante al Altísimo».

¡Pero has sido arrojado al sepulcro, a lo más profundo de la fosa! (Is
14:12-15; cf. Ez 28:11-19).

Este vocabulario de subir hasta los cielos y establecer su trono en lo alto y decir: «Voy a hacerme yo mismo semejante al Altísimo» fuertemente sugiere una rebelión de parte de una criatura angélica de gran poder y dignidad. No sería raro en el discurso profético hebreo pasar de descripciones de acontecimientos humanos a descripciones de eventos celestiales paralelos que los acontecimientos terrenales pintan de una manera limitada.²⁸ Si esto es así, el pecado de Satanás se describe como un pecado de orgullo y de intentar ser igual a Dios en estatus y autoridad.

E. Satanás como jefe de los demonios

«Satanás» es el nombre personal del jefe de los demonios. Este nombre se menciona en Job 1:6, en donde «llegó el día en que los ángeles debían hacer acto de presencia ante el SEÑOR, y con ellos se presentó también Satanás» (Vea también Job 1:7—2:7). Aquí él aparece como el enemigo del SEÑOR que envía severas tentaciones contra Job. Similarmente, cerca del fin de la vida de David, «Satanás conspiró contra Israel e indujo a David a hacer un censo del pueblo» (1 Cr 21:1). Todavía más, Zacarías vio una visión de «Josué, el sumo sacerdote, que estaba de pie ante el ángel del SEÑOR, y a Satanás, que estaba a su mano derecha como parte acusadora» (Zac 3:1). El nombre «Satanás» es una palabra hebrea (*satán*) que quiere decir «adversario». El Nuevo Testamento también usa el nombre «Satán», simplemente tomándolo del Antiguo Testamento. Jesús, en su tentación en el desierto, le habla directamente a Satanás y le dice: «¡Vete, Satanás!» (Mt 4:10), o también. «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10:18).

²⁸ Vea, por ejemplo, el Salmo 45, que pasa de una descripción de un rey terrenal a una descripción de un Mesías divino.

La Biblia también da otros nombres a Satanás. Se le llama «el diablo» (sólo en el Nuevo Testamento: Mt 4:1; 13:39; 25:41; Ap 12:9; 20:2; et ál.), «la serpiente» (Gn 3:1,14; 2 Co 11:3; Ap 12:9; 20:2), «Beelzebú» (Mt 10:25; 12:24,27; Lc 11:15), «el príncipe de este mundo» (Jn 12:31; 14:30; 16:11), «el que gobierna las tinieblas» (Ef 2:2), o «el maligno» (Mt 13:19; 1 Jn 2:13). Cuando Jesús le dice a Pedro: «¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar; no piensas en las cosas de Dios sino en las de los hombres» (Mt 16:23), reconoce que lo que Pedro intenta al tratar de impedirle que sufra y muera en la cruz es impedir que cumpla el plan del Padre. Jesús se da cuenta de que la oposición a fin de cuenta no viene de Pedro, sino del mismo Satanás.

F. Actividad de Satanás y los demonios

1. ***Satanás fue el que originó el pecado.*** Satanás pecó antes que cualquier ser humano lo hiciera, como es evidente del hecho de que él (en forma de serpiente) tentó a Eva (Gn 3:1-6; 2 Co 11:3). El Nuevo Testamento también nos informa que Satanás fue «homicida desde el principio» y que es «mentiroso y padre de mentiras» (Jn 8:44). También dice que «el diablo ha estado pecando *desde el principio*» (1 Jn 3:8). En estos dos pasajes la frase «desde el principio» no implica que Satanás fue malo desde el tiempo en que Dios empezó a crear el mundo («desde el principio del mundo») o desde el principio de su existencia («desde el principio de su vida»), sino más bien desde el «principio» de la historia del mundo (Gn 3 e incluso antes). Las características del diablo han sido originar el pecado y tentar a otros a pecar.

2. ***Los demonios se oponen y tratan de destruir toda obra de Dios.*** Así como Satanás tentó a Eva a pecar contra Dios (Gn 3:1-6), trató de lograr que Jesús pecara y fracasara en su misión como Mesías (Mt 4:1-11). Las tácticas de Satanás y sus demonios son usar mentiras (Jn 8:44), engaño (Ap 12:9), homicidio (Sal 106:37; Jn 8:44), y toda otra clase de actividad destructora para intentar hacer que las personas se alejen de Dios y se destruyan a sí mismas. Los demonios intentarán toda táctica para cegar a las personas al evangelio (2 Co 4:4), y mantenerlos en esclavitud a las cosas que les impiden acercarse a Dios (Gá 4:8). También tratarán de usar la tentación, la duda, la culpa, el temor, la confusión, la enfermedad, la envidia, el orgullo, la difamación y cualquier otro medio posible para estorbar el testimonio y la efectividad del creyentes.

3. ***Los demonios están limitados por el control de Dios y tienen poder limitado.*** La historia de Job deja en claro que Satanás solamente pudo hacer lo que Dios le dio permiso para hacer, y nada más (Job 1:12; 2:6). Los demonios son retenidos con «cadenas eternas» (Jud 6), y los creyentes pueden resistirles con éxito por la autoridad que Cristo les da (Stg 4:7: «Resistan al diablo, y él huirá de ustedes»).

Es más, el poder de los demonios es limitado. Después de rebelarse contra Dios no siguieron teniendo el poder que tenían cuando eran ángeles, porque el pecado es una influencia debilitadora y destructiva. El poder de los demonios, aunque significativo, es por consiguiente menor que el poder de los ángeles.

En cuanto a conocimiento, *no debemos pensar que los demonios pueden saber el futuro ni que pueden leernos la mente y saber nuestros pensamientos.* En muchos lugares del Antiguo Testamento el Señor demuestra ser veraz a distinción de los dioses falsos (demoníacos) de las naciones por el hecho de que *sólo él puede saber el futuro*: «Yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir»

(Is 46:9-10). Incluso los ángeles no saben el tiempo del retorno de Jesús (Mr 13:32), y no hay indicación en la Biblia de que ellos o los demonios sepan algo más en cuanto al futuro.

Con respecto a saber lo que pensamos, la Biblia nos dice que Jesús sabía lo que la gente pensaba (Mt 9:4; 12:25; Mr 2:8; Lc 6:8; 11:17) y que Dios conoce los pensamientos de las personas (Gn 6:5; Sal 139:2,4,23; Is 66:18), pero no hay indicación alguna de que los ángeles o los demonios puedan conocer nuestros pensamientos. También vemos que Daniel le dijo al rey Nabucodonosor que nadie que hablara por algún poder que no fuera el Dios del cielo podría decirle al rey lo que había soñado (vea Dn 2:27-28).

Pero si los demonios no pueden leer la mente de las personas, ¿cómo entendemos los informes contemporáneos de brujos, adivinos y otras personas evidentemente bajo influencia demoníaca que pueden decir detalles de la vida de las personas que se piensa que nadie sabe, como, por ejemplo, lo que comieron en el desayuno o dónde tienen escondido en casa su dinero? La mayoría de estas cosas se pueden explicar percatándose de que los demonios pueden *observar* lo que sucede en el mundo y probablemente pueden derivar algunas conclusiones partiendo de esas observaciones. Un demonio puede saber qué comí en el desayuno simplemente ¡porque me vio sirviéndome el desayuno! Pudo saber lo que dije en alguna conversación privada por teléfono porque la escuchó. Los creyentes no deben dejarse desviar si encuentran a personas miembros del ocultismo o de otras religiones falsas que parecen demostrar un conocimiento así de inusual de tiempo en tiempo. No obstante, estos resultados de la observación no prueban que los demonios pueden leer nuestros pensamientos, ni nada en la Biblia nos lleva a pensar que tienen ese poder.

G. Nuestra relación con los demonios

1. *¿Están los demonios activos en el mundo hoy?* Algunos, influenciados por una cosmovisión naturalista que solamente reconoce la realidad de lo que se puede ver, oír o tocar, niegan que los demonios existan hoy. Sostienen que los ángeles y los demonios son simplemente mitos que pertenecen a una cosmovisión obsoleta que la Biblia y otras culturas antiguas enseñan.

No obstante, si la Biblia nos da un verdadero relato del mundo tal como es, debemos tomar en serio el cuadro que pinta de una intervención demoníaca intensa en la sociedad humana. Nuestra falta de percepción de esa intervención con nuestros cinco sentidos meramente nos dice que tenemos algunas deficiencias en nuestra capacidad para entender al mundo, y no que los demonios no existan. En realidad, no hay razón para pensar que hay menos actividad demoníaca en el mundo hoy que la que había en tiempos del Nuevo Testamento. Estamos en el mismo período en el plan global de Dios para la historia (la edad de la Iglesia o la edad del nuevo pacto), y el milenio todavía no ha llegado, cuando se quitará de la tierra la influencia de Satanás. Desde una perspectiva bíblica, el hecho de que la sociedad moderna se rehúse a reconocer la presencia de la actividad demoníaca hoy simplemente se debe a la ceguera de la gente a la verdadera naturaleza de la realidad.

Pero, ¿en qué clase de actividad intervienen los demonios hoy? ¿Hay algunas características que nos permitirían reconocer la actividad demoníaca cuando sucede?

2. *No todo mal o pecado proviene de Satanás y los demonios, pero sí una parte.* Si pensamos en el énfasis global de las epístolas del Nuevo Testamento, nos daremos cuenta de que se da muy poco espacio a la consideración de la actividad demoníaca en la vida de los creyentes, y los métodos para resistirla y oponerse a tal actividad. El énfasis recae en decirles a los creyentes que no pequen sino que vivan vidas de justicia. Por ejemplo, en 1 Corintios,

donde hay un problema de «disensiones», Pablo no le dice a la iglesia que reprenda al espíritu de disensión, sino sencillamente les insta a

«que todos vivan en armonía» y a «que se mantengan unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito» (1 Co 1:10). Cuando hay un problema de incesto, no les dice a los corintios que reprendan a un espíritu de incesto, sino les dice que deben sentirse asqueados y que deben ejercer la disciplina eclesiástica hasta que el ofensor se arrepienta (1 Co 5:1-5). Estos ejemplos se podrían duplicar muchas veces tomándolos de las demás epístolas del Nuevo Testamento.

Por consiguiente, aunque el Nuevo Testamento claramente reconoce la influencia de la actividad demoníaca en el mundo, e incluso, como veremos, en la vida de los creyentes, su enfoque primordial respecto al crecimiento cristiano no es en la actividad demoníaca, sino en las decisiones y acciones que hacen los mismos creyentes (vea también Gá 5:16-26; Ef 4:16-9; Col 3:1-4:6; et ál.). Similarmente, esto debería ser el enfoque primario de nuestros esfuerzos hoy cuando procuramos crecer en santidad y fe, vencer los deseos y acciones de pecado que quedan en nuestras vidas (cf. Ro 6:1-23) y vencer las tentaciones que nos vienen de un mundo incrédulo (1 Co 10:13). Necesitamos aceptar nuestra propia responsabilidad de obedecer al SEÑOR y no echarle la culpa de nuestras faltas a alguna fuerza demoníaca.

No obstante, varios pasajes muestran que los autores del Nuevo Testamento estaban definitivamente conscientes de la presencia de la influencia demoníaca en el mundo y en la vida de los mismos creyentes. Pablo le advirtió a Timoteo que en los últimos días algunos «abandonarán la fe para seguir a inspiraciones engañosas y doctrinas diabólicas» (1 Ti 4:1) y que esto conducirá a ideas de evitar el matrimonio o de evitar ciertos alimentos (v. 3), cosas que Dios creó y son «buenas» (v. 4). Así que para él alguna de la falsa doctrina era diabólica de origen. En 2 Timoteo, Pablo implica que los que se oponen a la sana doctrina han sido capturados por el diablo para hacer su voluntad: «Y un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse. Así, humildemente, debe corregir a los adversarios, con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, de modo que se despierten y *escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos, sumisos a su voluntad*» (2 Ti 2:24-26).

Jesús había afirmado de modo similar que los judíos que obstinadamente se oponían a él estaban siguiendo a su padre el diablo: «Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir. Desde el principio éste ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!» (Jn 8:44).

En la primera epístola de Juan se hace más explícito el énfasis en que las obras hostiles de los incrédulos eran por influencia demoníaca o que a veces tenían origen demoníaco. Juan hace una afirmación general de que «el que practica el pecado es del diablo» (1 Jn 3:8), y luego pasa a decir: «Así distinguimos entre los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no practica la justicia no es hijo de Dios; ni tampoco lo es el que no ama a su hermano» (1 Jn 3:10). Aquí Juan caracteriza a todos los que no han nacido de Dios como hijos del diablo y sujetos a su influencia y deseos.

Cuando combinamos todas estas tres afirmaciones, vemos que se cree que Satanás es el que origina las mentiras, los asesinatos, los engaños, las falsas enseñanzas y los pecados en general. Debido a esto parece razonable concluir que el Nuevo Testamento quiere que comprendamos que hay cierto grado de influencia demoníaca en casi toda maldad y pecado que ocurre hoy. No todo pecado lo causan Satanás o los demonios, ni tampoco la actividad demoníaca es la mayor influencia o causa de pecado, pero la actividad demoníaca es probablemente un factor en casi todo pecado y en casi toda actividad destructiva que se opone a la obra de Dios en el mundo de hoy.

En la vida de los cristianos, como ya se observó antes, el énfasis del Nuevo Testamento no recae en la influencia de los demonios, sino en el pecado que queda en la vida del creyente. No obstante, debemos reconocer que pecar (incluso los cristianos) en efecto le da pie a algún tipo de influencia demoníaca en nuestras vidas. Por eso Pablo pudo decir: «Si se enojan, no pequen. No dejen que el sol se ponga estando aún enojados, *ni den cabida al diablo*» (Ef 4:26-27). La ira exagerada al parecer puede darle oportunidad al diablo (o a los demonios) para que ejerza algún tipo de influencia negativa en nuestras vidas; tal vez atacándonos mediante nuestras emociones o tal vez aumentando la cólera exagerada que ya sentimos contra otros. De modo similar Pablo menciona «la coraza de justicia» (Ef 6:14) como parte de la armadura que debemos usar para resistir «las artimañas del diablo» y al contender «contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (Ef 6:11-12). Si tenemos algún pecado continuo en nuestra vida, hay debilidades y huecos en nuestra «coraza de justicia», y en eso somos vulnerables al ataque demoníaco. En contraste, Jesús, que fue perfectamente libre de pecado, pudo decir de Satanás: «Él no tiene ningún dominio sobre mí» (Jn 14:30). Podemos también observar la conexión en 1 Juan 5:18 entre el no pecar y el no ser tocados por el maligno: «Sabemos que el que ha nacido de Dios no está en pecado:²⁹ Jesucristo, que nació de Dios, lo protege, y el maligno no llega a tocarlo».

3. ¿Puede un demonio tomar posesión de un cristiano? El término *posesión demoníaca* es una expresión desdichada que se ha abierto paso hasta lograr ser parte de algunas traducciones de la Biblia, pero que en realidad no se refleja en el texto griego. El Nuevo Testamento griego puede hablar de personas que «tenían un demonio» (Mt 11:18; Lc 7:33; 8:27; Jn 7:20; 8:48,49,52; 10:20), o puede hablar de personas que sufrían por influencia demoníaca (gr. *daimonizomai*), pero nunca usa vocabulario que sugiera que un demonio «posea» a alguien.

El problema con los términos *posesión demoníaca* y *endemoniado* es que dan el matiz de una influencia demoníaca tan fuerte que parece implicar que la persona que está bajo el ataque de los demonios no tiene otra alternativa que sucumbir a esos ataques. Sugiere que la persona es incapaz de ejercer ya su propia voluntad y que está completamente bajo el dominio del espíritu malo. Aunque esto puede ser cierto en algunos casos extremos, tales como el del endemoniado gadareno (vea Mr 5:1-20; obsérvese que después que Jesús echó fuera de él los demonios, el hombre estuvo «en su juicio cabal», v. 15), por supuesto que no es cierto en muchos de los casos de ataques demoníacos o conflictos con los demonios en la vida de muchas personas.³⁰

Entonces, cómo debemos responder a la pregunta de si un cristiano puede ser poseído por un demonio. Aunque mi preferencia es no usar para nada la frase *poseído por un demonio*, para cualquiera que sea el caso la respuesta a esta pregunta dependerá de lo que se quiere decir por «poseído por el demonio». Si con «poseído por un demonio» se quiere decir que la voluntad de la persona está completamente dominada por un demonio, al punto que la persona no tiene poder para escoger el bien y obedecer a Dios, la respuesta de si un cristiano puede

²⁹ El tiempo presente del verbo griego aquí da el sentido de «no continúa en pecado».

³⁰ La palabra *daimonizomai*, que se puede traducir como «bajo influencia demoníaca» o «estar endemoniado» aparece unas treinta veces en el Nuevo Testamento, todas en los Evangelios: Mt 4:24; 8:16,28, 33; 9:32; 12:22; 15:22 («terriblemente ... endemoniada»); Mr 1:32; 5:15,16,18; Lc 8:36; y Jn 10:21. Todas estas instancias parecen indicar influencia demoníaca muy severa. A la luz de esto, tal vez sea mejor reservar la palabra en español *endemoniado* para casos más extremos y severos. La palabra *endemoniado* en español me parece sugerir influencia o control demoníaco muy fuerte. (Cf. otras palabras con sufijo similar «-ado»: pasteurizado, homogenizado, tiranizado, materializado, nacionalizado, etc. Todas estas palabras hablan de una total transformación del objeto del que se habla, no simplemente de una influencia suave o moderada.) Pero se ha vuelto común en la literatura cristiana de hoy hablar de personas bajo toda clase de ataques demoníacos como estando «endemoniadas». Sería más sabio reservar el término para casos más severos de influencia demoníaca, para que nuestro idioma no implique una influencia más fuerte de la que es realmente el caso.

estar poseído por el demonio sería con certeza que no, porque la Biblia garantiza que el pecado no tendrá dominio sobre nosotros puesto que hemos sido resucitados con Cristo (Ro 6:14; vea también vv. 4,11).

Por otro lado, la mayoría de los cristianos convendrían en que puede haber diferentes grados de ataques demoníacos o influencia en la vida de los creyentes. Un creyente puede caer de tiempo en tiempo bajo un ataque demoníaco más suave o más fuerte. (Obsérvese que la «hija de Abraham, a quien Satanás tenía atada durante dieciocho largos años» a modo de tener un «espíritu de enfermedad» [RVR], y que «andaba encorvada y de ningún modo podía enderezarse» [Lc 13:16,11]). Aunque los cristianos después de Pentecostés tienen un poder más pleno del Espíritu Santo obrando en ellos para capacitarles para triunfar sobre los ataques demoníacos, no siempre invocan ni siquiera conocen del poder que por derecho les corresponde. Haríamos bien en evitar catalogar esta influencia con el término *posesión demoníaca* (así como con otros términos tales como *oprimida* u *obsesionada*), y sencillamente reconocer que *puede haber varios grados de ataques demoníacos o influencia en las personas, incluso contra los cristianos*, y dejarlo así. En todos los casos el remedio será de todas maneras el mismo: reprender al demonio en el nombre de Jesús y ordenarle salir.³¹

4. Jesús les da a todos los creyentes autoridad para reprender a los demonios y ordenarles que salgan. Cuando Jesús envió a los doce discípulos delante de él a predicar el reino de Dios, «Jesús les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios» (Lc 9:1). Después que los setenta predicaron el reino de Dios en ciudades y pueblos, volvieron con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lc 10:17), y Jesús les dijo: «Sí, les he dado autoridad a ustedes para ... vencer todo el poder del enemigo» (Lc 10:19). Cuando el evangelista Felipe descendió a Samaria para predicar el evangelio de Cristo, «espíritus inmundos salían de muchos que los tenían» (Hch 8:7, traducción del autor), y Pablo usó la autoridad espiritual sobre los demonios para decirle al espíritu de adivinación que estaba en una muchacha adivina: «¡En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas de ella!» (Hch 16:18).

Pablo se daba cuenta de la autoridad espiritual que tenía, tanto en encuentros cara a cara como el de Hechos 16, así como en su vida de oración. Dijo: «Aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. *Las armas con que luchamos* no son del mundo, sino que *tienen el poder divino para derribar fortalezas*» (2 Co 10:3-4). Es más, habló con cierta extensión de la lucha que libran los cristianos contra «las artimañas del diablo» en su descripción del conflicto «contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (vea Ef 6:10-18). Santiago les dice a sus lectores (en muchas iglesias): «*Resistan al diablo*, y él huirá de ustedes» (Stg 4:7). De modo similar, Pedro les dice a sus lectores en muchas iglesias en Asia Menor: «Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. *Resístanlo*, manteniéndose firmes en la fe» (1 P 5:8-9).

Es importante que reconozcamos que la obra de Cristo en la cruz es la base suprema de nuestra autoridad sobre los demonios.³² Aunque Cristo ganó una victoria sobre Satanás en el desierto, las epístolas del Nuevo Testamento apuntan a la cruz como el momento cuando Satanás fue decisivamente derrotado. Jesús se hizo carne y sangre «para anular, mediante la muerte, al que tiene el dominio de la muerte —es decir, al diablo» (He 2:14). En la cruz Dios, «despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre

³¹ Además, si hay algún pecado específico que le ha dado al demonio una base para su influencia, el pecado debe ser confesado y descartado (vea arriba). Pero no se puede conectar todo ataque demoníaco a un pecado específico, puesto que Jesús mismo fue severamente tentado por Satanás, así como lo fue Eva antes de la caída.

³² En este párrafo y el que sigue sobre la adopción estoy en deuda con el hermoso trabajo de Timothy M. Warner, *Spiritual Warfare*, Crossway, Wheaton, IL, 1991, pp. 55-63.

ellos en la cruz» (Col 2:15, RVR). Por consiguiente, Satanás detesta la cruz de Cristo, porque allí fue decisivamente derrotado para siempre. Debido a la muerte de Cristo en la cruz, nuestros pecados están perdonados por completo, y Satanás no tiene autoridad legal sobre nosotros.

Además, nuestra membresía como hijos de la familia de Dios es la posición espiritual firme desde la que intervenimos en la guerra espiritual. Pablo le dice a todos los cristianos: «Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús» (Gá 3:26). Cuando Satanás viene para atacarnos, está atacando a *uno de los hijos de Dios*, un miembro de la propia familia de Dios. Esta verdad nos da autoridad para derrotarle y librar con éxito la guerra contra él.

Si como creyentes hallamos apropiado decir una palabra de reprensión a algún demonio, es importante recordar que no tenemos que temer a los demonios. Aunque Satanás tiene mucho menos poder que el poder del Espíritu Santo que obra en nosotros, una de las tácticas de Satanás es intentar hacernos tener miedo. En lugar de ceder a tal temor, los creyentes deben recordarse a sí mismo las verdades de la Biblia, que nos dicen: «Ustedes, queridos hijos, son de Dios y han vencido a esos falsos profetas, porque *el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo*» (1 Jn 4:4); y, «Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Ti 1:7). Pablo les dice a los efesios que en su guerra espiritual deben usar «el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno» (Ef 6:16). Esto es muy importante, puesto que lo contrario al temor es la fe en Dios. También les dice que sean valientes en su conflicto espiritual, para que, habiéndose puesto toda la armadura de Dios, «puedan resistir hasta el fin con firmeza» (Ef. 6:13). Pablo dice que los cristianos, en su conflicto con las fuerzas espirituales hostiles, no deben huir en retirada ni agazaparse con miedo, sino que deben ponerse firmes valientemente en su sitio, sabiendo que sus armas y su armadura «tienen el poder divino para derribar fortalezas» (2 Co 10:4; cf. 1 Jn 5:18).

En la práctica, esta autoridad para reprender demonios puede resultar en decir brevemente algún mandato a un espíritu malo para que salga cuando sospechamos la presencia de la influencia demoníaca en nuestra vida personal o en la vida de los que nos rodean. Debemos «resistir al diablo» (Stg 4:7), y él huirá de nosotros. A veces una breve orden en el nombre de Jesús será suficiente. Otras veces será útil citar pasajes bíblicos en el proceso de ordenarle a un espíritu malo que salga de una situación. Pablo habla de «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Ef 6:17). Y Jesús, al ser tentado por Satanás en el desierto, repetidas veces citó las Escrituras en respuesta a las tentaciones de Satanás (Mt 4:1-11). Entre los pasajes bíblicos apropiados están las afirmaciones generales del triunfo de Jesús sobre Satanás (Mt 12:28-29; Lc 10:17-19; 2 Co 10:3-4; Col 2:15; He 2:14; Stg 4:7; 1 P 5:8-9; 1 Jn 3:8; 4:4; 5:18), pero también versículos que hablan directamente a la tentación o dificultad en particular que se enfrenta.

Es importante recordar que el poder para echar fuera viene, no de nuestra propia fuerza ni el poder de nuestra propia voz, sino del Espíritu Santo (Mt 12:28; Lc 11:20). Todavía más, Jesús emite una clara advertencia de que no debemos regocijarnos demasiado o enorgullecernos de nuestro poder sobre los demonios, sino que debemos alegrarnos más bien en nuestra gran salvación. Debemos tener presente esto para no enorgullecernos y para que el Espíritu Santo no retire su poder de nosotros. Cuando los setenta volvieron con gozo diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lc 10:17), Jesús les dijo: «No se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrense de que sus nombres están escritos en el cielo» (Lc 10:20).

5. Debemos esperar que el evangelio llegue en poder para triunfar sobre las obras del diablo. Cuando Jesús llegó a Galilea predicando el evangelio, «de muchas personas salían demonios» (Lc 4:41). Cuando Felipe fue a Samaria para predicar el evangelio, «de muchos

endemoniados los espíritus malignos salían dando alaridos» (Hch 8:7). Jesús comisionó a Pablo para predicar entre los gentiles para que «se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, a fin de que, por la fe en mí, reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados» (Hch 26:18). De su proclamación del evangelio Pablo dijo: «No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios» (1 Co 2:4-5; cf. 2 Co 10:3-4). Si realmente creemos en el testimonio bíblico de la existencia y actividad de los demonios, y si realmente creemos que «el Hijo de Dios fue enviado precisamente *para destruir las obras del diablo*» (1 Jn 3:8), parecería apropiado esperar que incluso hoy cuando se proclama el evangelio a los incrédulos, y cuando los creyentes elevan sus oraciones sin que tal vez se hayan percatado de la dimensión de este conflicto espiritual, habrá un triunfo genuino, a menudo reconocible de inmediato, sobre el poder del enemigo. Debemos esperar que esto suceda, pensar que son una parte normal de la obra de Cristo para edificar su reino, y regocijarnos en la victoria de Cristo en esto.

II. PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Qué son los ángeles?

Los ángeles son seres espirituales creados por Dios para servirle, adorarlo y cumplir sus propósitos (Hebreos 1:14).

2. Tres propósitos de los ángeles

1. Adorar y glorificar a Dios.
2. Servir como mensajeros de Dios.
3. Proteger y ayudar a los creyentes.

3. ¿Cuál debe ser nuestra relación con los ángeles?

Debemos reconocer su existencia y su servicio a Dios, pero no adorarlos ni orarles, porque la adoración pertenece solo a Dios.

4. ¿Cómo se originaron los demonios?

Los demonios son ángeles que se rebelaron contra Dios junto con Satanás y fueron expulsados (Apocalipsis 12:7-9).

5. ¿Pueden los cristianos ser influenciados por demonios?

Sí, pueden ser tentados o atacados, pero no poseídos, porque el Espíritu Santo habita en ellos.

6. ¿Cómo pueden los creyentes ejercer autoridad sobre los demonios?

A través de la fe en Cristo, la oración, la Palabra de Dios y resistiendo al diablo (Santiago 4:7).

III. Preguntas para Aplicación Personal

1. Ángeles cuidándonos

La Biblia enseña que Dios puede usar ángeles para proteger a su pueblo. Pensar en esto puede llevarnos a adorar a Dios con mayor reverencia y gratitud.

2. Rescate de peligro

En algunos momentos de protección o rescate inesperado, es posible que Dios haya intervenido, incluso usando ángeles para ayudarnos.

3. Influencia demoníaca hoy

La actividad demoníaca puede existir en cualquier cultura. Sin embargo, los creyentes no deben vivir con miedo, porque Cristo tiene autoridad sobre todo poder espiritual (1 Juan 4:4).

4. Pecado y actividad demoníaca

El pecado puede abrir puertas a la tentación espiritual. La respuesta correcta es arrepentirse, confesar el pecado y buscar la ayuda de Dios para vivir en obediencia.

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

ángel	posesión demoníaca
arcángel	principados y poderes
demonios	querubín
demonizado	Satanás
endemoniado	serafín
guardianes	ser viviente
Miguel	

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

Para este capítulo se sugieren dos lecturas bíblicas:

APOCALIPSIS 5:11-12

Luego miré, y oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era millares de millares y millones de millones. Cantaban con todas sus fuerzas: «¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!»

***Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes. Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes. ¡Pecadores, límpiense las manos!
¡Ustedes los inconstantes, purifiquen su corazón!***